

7778



Tlapacoyan
Historia de sus días

Tapacoyan

Historia de sus días

Alba Marín

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Fotografía de Portada: Parroquia de la Asunción de Tlapacoyan
Carlos Mogollan Cañada

Primera Edición Enero 2001
Alba Marín



**BIBLIOTECA
GENTE DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**

Centro General de Culturas Populares

*Este libro es de todas aquellas personas que colaboraron con información,
guardando en su memoria, como máximo tesoro, la historia de los días de Tlapacoyan,
sin ellas no existiría el más breve relato que aquí se cuenta.
Y también es de todas aquellas que lo lean.*

A mi familia por su apoyo y comprensión.

Alba Marín



**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**

Dirección General de Culturas Populares

ÍNDICE

A MANERA DE PRÓLOGO	13
CARTAA TLAPACOYAN	15
HISTORIA LOCAL	17
La Ciudad de Tlapacoyan y algunas de sus congregaciones:	19
Tlapacoyan. La heroica ciudad de Tlapacoyan. La piedra pinta. El símbolo de Piedra Pinta. El Jobo. Tomata. Eytepequez. Pochotitan. Los pobladores de Pochotitan. San Isidro. Los barrios San Pedro y Santiago.	
Los días de la Revolución:	23
Pasaron los carrancistas. La mano negra en El Jobo. Pancho Trancas. Bertoldo Cabañas. Bandidos en Eytepequez.	
Zafarrancho de 1931:	26
Hechos trágicos en la Ciudad de Tlapacoyan: 17 de octubre de 1931. La quema de los santos. Mártires del 17 de octubre de 1931. De nuevo en su tierra.	
La quema de las escuelas:	31
Las escuela de Pochotitan.	
La vida de la Ciudad de Tlapacoyan:	32
La defensa de Tlapacoyan: 22 de noviembre de 1865. Algunos acontecimientos históricos, deportivos y sociales de Tlapacoyan. El Hotel Rivero. Los primeros forcritos. Mercado de Tlapacoyan. El bautizo. Todo centaveado. La primera línea de autobuses. Primeros cines de Tlapacoyan. Los tepetomates.	



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

Vida de las congregaciones:	38
En el baile.	
Aunque sea un tilita.	
Cierra el ojo que hay va el tierra.	
Charritos o baloncitos.	
Epidemia La Española.	
La vida en la Hacienda.	
Las tiendas de Tomata.	
Los primeros aparatos de música.	
En tiempos de Don Porfirio.	
Personajes típicos:	42
Gral. Manuel Alberto Ferrer y Corzo.	
En la defensa de Tlapacoyan.	
Luis Escobar Toledano.	
El presbítero Elías Núñez Fuentes.	
Napoleón.	
El padre Elías y Napoleón.	
Gonzalito.	
Clemente Aparicio.	
Otros héroes de Tlapacoyan: incendio en la gasolinera.	
Profesora Andrea Jiménez Conde.	
Manuela Chilares.	
EN LOS CAMINOS DE LA FE	49
Santos patronos:	51
La virgen de la Asunción.	
San Joaquín.	
San Antonio de Padua.	
San Ignacio.	
San Isidro Labrador.	
Fiestas y ferias:	52
Feria Titular de Tlapacoyan: Santo Patrono Señor Santiago.	
Fiestas de mayo.	
Feria de San Isidro.	
Días guadalupanos	
Arquitectura religiosa:	53
Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.	
El Cerrito de Nuestra Señora de Guadalupe.	
La capilla de la exhacienda El Jobo	

Cosas milagrosas:

54

La Virgen de Fátima.
Aparición de San Joaquín.
La Virgen de la Concepción.

ALGO DE LITERATURA

55

Cuentos:

57

Curar de espanto.
Los dos bueyes.
Aunque sea el humito.
El Salto de Eytepequez.
Un mal aire.
El Fraile.
Los tres gritos de la llorona.
El patrón de la Hacienda.
Mi abuela y los duendes.
La mujer del árbol.
Las cruces.
En la cascada de Tomata.
Pacto con el diablo.
El hombre del puro.
La pedrera.
La mujer del pozo.
Nuez Buena.
Jalarle la cola al diablo.
En la Loma de El Jobo.
Cómo te quedó la muerte.
Un colgadito.
La mujer del camino.
La mujer triste.
El falso espanto.
Los duendes de "Las Escaleras".
La mujer de El Salto.
Los duendes.
La mula.
La Naquita.
Los duendes de El Peñón.
El perro.
El charro.
El tesoro de la finca.
El ciento por uno.
Nieve de limón.
La bruja.
La muchacha.
La canción de los duendes.
Temblando de miedo.

El hombre de los zancos.
Un poco de miedo.

Aquellos bailes:

70

El baile del coconete.
Los bailes de El Jobo.
El fandango de Tomata.
Canción del panadero.
Otra canción del panadero.
Si de versos se trata.

Poetas tlapacoyenses:

73

Canción de Tlapacoyan.
A un lucero.
Canto a mi tierra.
Raíz, tallo y flor.
El beso en sueños.
Viki.
Madre.
De arriero a presidente.
Tlapacoyan.
Celos.
La perla de albos azahares "Tlapacoyan".
Nació una espina.
Y volveré.
Juventud.
Confidencia.
Encuentro y despedida.
Historia de Tlapacoyan.
La Virgen de Fátima.

INFORMANTES Y FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

89



Palacio Municipal de Napacayan

A MANERA DE PRÓLOGO

Con este libro intento recoger la historia y los aportes tradicionales de Tlapacoyan en la voz de sus propios habitantes, como bien lo comentara el Profesor David Ramírez Lavoignet: *Las leyendas sobre tesoros y espantos dejan asomar de vez en cuando su brillante colorido, en tanto que el alma de la raza brama en el campo, para regocijarse en la fiesta pueblerina al compás de los corridos y en medio de las luces de colores que truenan al aire desafiando al torito*. No obstante, a pesar de que Tlapacoyan es una ciudad con arraigo histórico, ésta se encuentra un tanto olvidada, incluso por sus mismos habitantes, siendo que en una época fue el paso obligado para transitar de la costa a la sierra: *Tlapacoyan...es la preciada llave de la sierra*. Con todos los méritos y deméritos anteriores, Tlapacoyan posee un sin número de leyendas y cuentos particulares, sucedidos en determinados sitios de la ciudad y de sus congregaciones aledañas.

Este tipo de literatura popular, que ha pasado de generación en generación, es importante para la formación de la identidad del tlapacoyense, por eso necesita ser dada a conocer para que no se pierdan nuestros valores culturales y así, la gente adulta (que es la que aportó la información), sienta que todavía puede dejar como herencia todos esos relatos que no se encuentran en los libros y con ello alentar a la población para que conozca sus orígenes valorando la participación de sus ancianos, que por lo regular están en el olvido, sin dar importancia a lo que ellos saben: nuestro pasado inmediato. Es pues un libro donde se recopilan relatos inéditos que muestran detalles del vivir cotidiano del tlapacoyense dibujados con tintes de fantasía, humor, sacralidad y espanto.

Además este libro no se hubiera concretado sin la ayuda de otros admiradores de estas tierras: Antonio García Cubas, David Ramírez Lavoignet y José Luis Velásquez, de antemano mi agradecimiento donde quieran que se encuentren. Finalmente y de manera personal, la realización de este libro es una forma de demostrar mi admiración y respeto por la ciudad donde nací y viví hasta hace algunos años. Sigo la exhortación que hiciera en su libro el Prof. David Ramírez Lavoignet sobre aquellos hechos y personas olvidados por la historia: [...] *Quienes fueron, nosotros lo ignoramos, pero las generaciones presentes confié en que investigaran en los archivos familiares u oficiales*. Espero que este libro sea una pequeña aportación para que niños, jóvenes y la población en general conozcan algo más de la ciudad donde viven: Tlapacoyan.

Alba Marín

CARTA A TLAPACOYAN

Querida Tlapacoyan:

Recorro tus calles, tus pueblos y tus plazas buscando en ellos la historia de tus días, visito a tu gente de muchos años para saber qué fue de tu vida, admiro tus hermosos paisajes y tus construcciones de antaño, te busco en los ruidos de la calle, entre las conversaciones de tu gente, en tus concurridas misas de domingo y en tu desfile del 22 de noviembre.

Tlapacoyan, te descubro tan apacible en las tardes veraniegas en que sólo la algarabía de los tordos se atreve a alterar tu sueño, adormecida en tus iglesias de torres y de cúpulas torneadas, hoteles de pichones y palomas; tu mercado de lunes a viernes se ve desierto, pero el domingo revive con el ir y venir de los paisanos que mercan su recaudo y tu parque se llena de niños que juegan, de novios que se aman y de ancianos solitarios que buscan en tus sillas la compañía del amigo de su tiempo, recordando los cambios de tu plaza.

Y te engalanas con tus fiestas de San Pedro y Santiago con el ya tradicional barrio contra barrio. En Todos Santos sabes a incienso y flor de cempasúchil: el caminito amarillo me lleva a los altares colmados de ofrendas para tus muertos. Tu frío diciembre se ilumina con el fuego guadalupano y el Cerrito huele a chilahuates, atoles, tamales y buñuelos de los puestos. Pero también te siento triste por tus niños hambrientos y tus ancianos olvidados, y quisieras que volviera el Padre Elías para salvarlos. Te ofendes por tus múltiples cantinas, por tu panteón descuidado, por tus calles deplorables y por tus inalterables comunidades.

Así te conocí, así te conozco, tierra fértil: en febrero por tus azahares, en mayo por tus gardenias, en agosto por tus pimentas, roja de café en noviembre, verde de plátano y amarilla de naranja todo el año. Tlapacoyan, te hallé enclavada en las faldas de la Sierra, dormida en sábanas de un pasado belicoso de invasiones extranjeras y zafarranchos agraristas. Así te encuentra el viento del mar, así te besa la neblina de Dos Cerros y te refrescan tus ríos en los tiempos de calor. Tlapacoyan, es difícil hallarte en un mapa, es más fácil llevarte en el puño.

Alba Marín

Historia local



LA CIUDAD DE TLAPACOYAN Y ALGUNAS DE SUS CONGREGACIONES

TLAPACOYAN

Fray Alonso de Molina señala que Tlapacoyan significa en lengua náhuatl, "lugar donde se lava", es decir lavadero, y Robelo explica que *tlapaco* es voz impersonal del verbo *tlapa*, lavar y *yan* expresa el lugar donde se ejecuta la acción del verbo, resultando "lugar donde se lava o lavadero". Peñafiel interpretando el jeroglífico de Tlapacoyan del Códice Mendocino, añade: "El signo *tetl*, piedra, debajo *atl*, agua, y encima una figura fantástica que pudiera ser un lienzo de color blanco y negro con una mano sobre él indicante de una palabra verbal derivado de *tlapaco* -lavar-, con la terminación de lugar *yan*."

LA HEROICA CIUDAD DE TLAPACOYAN

Tlapacoyan se ubica en la zona centro del estado de Veracruz en las faldas del macizo montañoso de la Sierra Madre Oriental, limita al norte y al oeste con los municipios de Hueytamalco y San José Acateno, Puebla, al sur con Jalacingo y Atzalan, al este con Martínez de la Torre. Su población es de más de 50,000 habitantes. El 15 de febrero de 1869 por decreto 142 se le concedió a la villa de Tlapacoyan el título de Heroica y el 19 de diciembre de 1956 fue elevada a categoría de ciudad por decreto número 72.

Sus primeros pobladores llegaron en el siglo XII a. J.C., la primera noticia que se tiene de ella data de 1520 cuando después de la Batalla de Narváez en Cempoala, Cortés envió a Pedro de Ircio a pacificar las provincias de Tlapacoyan. La población prehispánica de Tlapacoyan originalmente se encontraba establecida en el Cortijo, en 1610 la congregación se localizaba en lo que hoy es la ciudad actual y que correspondió al pueblo prehispánico de Santa María Yohualtlacualoyan (lugar donde se come de noche).

La ciudad se encuentra en una región pródiga en la producción de naranja, café y plátano; además de contar con una vegetación exuberante debido a su clima semitropical, recibe el aire húmedo del Golfo que se mezcla con los vientos de la montaña. En temporada de lluvias sorprende por sus grandes aguaceros y para noviembre aparece el "chipichipi". Por si fuera poco dos ríos riegan la ciudad y la alimentan bajando desde la montaña a los campos de las zonas bajas: por el norte desciende el río María de la Torre y por el sur el majestuoso río Bobos.

Por la ciudad de Tlapacoyan han pasado desde las primeras invasiones aztecas durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina, luego las guerras independentistas, la invasión francesa donde habitantes demostraron valor y patriotismo en la batalla contra los austriacos del 22 de noviembre de 1865. En mayo de 1911 pasaron por la ciudad las fuerzas maderistas, villistas y otros grupos armados se levantaron en su territorio; también sufrió el cristerismo y los resultados del agrarismo de Adalberto Tejeda.

En la actualidad la ciudad cuenta con todos los servicios públicos y un alto índice turístico debido al auge que le ha dado la presencia de las zonas arqueológicas de Filobobos, que a pesar de encontrarse en el vecino municipio de Atzalan, por su cercanía se toman como pertenecientes a Tlapacoyan y todo el turismo arriba a esta ciudad. También tiene una plaza principal con su parque, flanqueándola el Palacio Municipal y la Parroquia de Santa María de la Asunción, al fondo de la calle Hidalgo se puede divisar el Cerrito de Guadalupe; otro punto importante en la ciudad es El Texcal, mudo testigo de la batalla del 22 de noviembre de 1865.

En cuanto a su gastronomía los platillos principales son: chilahuates, tamal relleno de frijol, chayote, cebollina, chile y hoja de tapicón; pintos, tamales condimentados de frijol tierno que se mezcla con la masa; chilatole, pollo tipo chilposo con maíz y bolitas de masa; acamayás al mojo de ajo, enchipotladas, en chiltepin y en caldo; bolitas de pipián; totopos; atoles de cacao y agrio, refrescos naturales de raíz de zarzaparrilla (chicha), vinos de guanábana, naranja y mandarina entre otros.

LA PIEDRA PINTA

Una vez le pregunté al tío Enrique López que porqué a este poblado le llamaban Piedra Pinta: se le puso así porque estaba una piedra muy grande (todavía se encuentra en la parte de atrás de la Clínica IMSS), que era pinta porque tenía unas incrustaciones de lama muy vieja. En 1908 esa piedra se encontraba en lo que era el Camino Real, que recorría de Tlapacoyan a Martínez de la Torre. Ahí era un lugar de descanso de los arrieros y caminantes; era un punto de encuentro o de razón, por ejemplo, a veces los que llegaban a La Palmilla eran interrogados por algún conocido:

—Oiga usted Don Juan, no vio usted por ahí a mi Nicanor.

—Sí, allá lo encontré, ta' descansando allá por la piedra pinta.

De esta manera se le quedó el nombre y cuando se constituyó como ejido, los habitantes decidieron dejárselo.

EL JOBO

No se sabe porque se le llama El Jobo, quizás antes existió un árbol de ese fruto. Cuando todavía fungía como hacienda fue casa oficial del primer Presidente de México que había comprado a los misioneros filipinos: "Terminada su Presidencia, Victoria se retiró a su hacienda de El Jobo en Tlapacoyan, Veracruz, resuelto a no intervenir más en la política: ...estoy en la constante resolución de acabar mis días en la vida privada, y no hacer ya más papel que el de un simple labrador. (Carta a José Cowley, 5 de febrero de 1832). Fue tanto su amor por estas tierras que incluso en su lecho de muerte hizo mención de ellas, así lo recordó en una carta su viuda, Ma. Antonia Bretón de los Herreros: ...las cosechas de El Jobo hay que levantarlas, la tierra es la única que no te traiciona, cómo disfrutaba estar en mi casa, estar sentado en el portal de la entrada viendo cómo llegaban los campesinos con la vainilla y el café."

Con las revueltas revolucionarias y el agrarismo en Veracruz, la hacienda El Jobo se conformó como ejido El Jobo, pues cuando se hizo la solicitud para el reparto de tierras se le dejó ese nombre en honor al presidente Guadalupe Victoria. El 13 de abril de 1929 se tramita por primera vez la solicitud de tierras por un grupo de campesinos dirigidos por Juan R. López, el 29 de abril de 1930, después de varios obstáculos, son entregadas las primeras 500 hectáreas pertenecientes a la hacienda La Palmilla. El 1o. de mayo de 1930 son afectadas 500 hectáreas de la hacienda La Palmilla y 100 has., de la hacienda El Jobo. En 1952 se hace la entrega definitiva del ejido a través del presidente municipal. Hoy en día este ejido se encuentra dividido en varios núcleos poblacionales, sus principales son El Jobo y Filipinas.

TOMATA

Desde que nació ya era Tomata, en aquél entonces la gente bajaba a pie de Napoala, El Bravo, Pilares, Plan de Limón, Chiconta, porque aquí se encontraban las grandes tiendas, además de que todos los caminos partían de este sitio. Antes se disgustaban en Tlapacoyan y aquí se hacían las justicias; se peleaban hasta matarse y el que salía ileso se llevaba las cosas y el dinero de su contrincante. Por eso me supongo que era toma y mata: Tomata.

EYTEPEQUEZ

Eytepequez quiere decir Tres Cerros, ya que efectivamente existen tres cerros o ruinas antiguas a ciento cincuenta metros del camino real, miden cincuenta metros de altura aproximadamente. En la actualidad se encuentran cubiertas por un plantío de plátano.

Dicen que ahí espantan, se ven bultos o sombras pero nunca han podido ver de donde salen y a donde entran, también aparece una luz. A mí tres veces me tocó ver un cuerpo que bajaba por el camino, frente a mi casa había un matojo de azaleas, al pasar ese bulto por la planta, desapareció. Esos lugarcillos tienen su misterio.

POCHOTITAN

Este barrio se llama Pochotita porque cuentan mis abuelos que en la calle que baja hacia la Carretera Federal había una pochota muy grande y como toda la gente de Tlapacoyan venía a trabajar aquí decía:

-Vamos a la pochota.

Cuando se estableció como barrio, empezaron a llamarlo Pochotitan: lugar de pochotas.

Pochotitan no es el nombre de origen, fue uno provisional que le pusieron. Este lugar estaba reconocido como sección segunda de Itzapa y ella tenía el dominio de estas tierras. Pero como aquí se empezó a poblar debido a que el camino nacional (camino real) pasaba por la Loma del Texcal y subía por Dos Cerros, entonces sucedió que había más gente en Pochotitan que en Itzapa. Se formó este barrio independiente y se le puso Pochotitan por el árbol que estaba frente a la escuela.

LOS POBLADORES DE POUCHOTITAN

Los pobladores externos que se conocieron primeramente vinieron de Tetela, Tonalapa, Zacapoaxtla y Huejutla en el estado de Puebla, porque en su pueblo la vida era dura. Porfirio Díaz les cobraba hasta el aire que respiraban. Ellos integraron las poblaciones de Buena Vista y Pochotitan. La mayor parte de esas personas hablaban el mexicano, vestían sencillamente con ropa de manta, unos descalzos y otros de guaraches. No sabían leer pero eran bastante respetuosos. Todos improvisaron sus casas con ramas y zacate de paja. Cuando llegaba un nuevo vecino, se sentían contentos porque ya tenían alguien inmediato con quien platicar, tenían su apoyo y su compañía.

SAN ISIDRO

En San Isidro había muy poca gente, toda criolla; hoy desde hace veinte años ha crecido por la llegada de personas de otros lados. Con esfuerzos de la comunidad se hizo la capilla y la escuela. En aquella época eran pocas las casas: la de Don Fidencio Bonilla, luego la casa del portal de Ignacio Bonilla. Aquí sólo podemos mencionar que la Fiesta de San Isidro es muy conocida en todo Tlapacoyan y su cocina popular ni se diga; preparamos un rico chilposo de res o de espinazo, mole de panza o mondongo, pero nuestra especialidad son los chilahuates con hojas de tapicón porque les da un rico sabor.

LOS BARRIOS SAN PEDRO Y SANTIAGO

Tlapacoyan fue conformada por dos etnias: totonaca (Barrio de Santiago) y mexica (San Pedro). Los primeros en llegar fueron gente de Santiago Sacayucan y el cacique de Tlacualoyan (hoy Los Mangos) les dio para vivir en la actual Cruz Verde. Al poco tiempo llegaron los de Chilacan (San Pedro Altepepan) y a esos los colocó en la Cruz Blanca. Con el tiempo los dos grupos empezaron a tener problemas y el cacique para terminar con las

Historia Local

belicosidades se trasladó con su gente al centro del territorio entre ambas comunidades. Así creció el pueblo y esa tradición de rivalidad se conserva todavía: en las fiestas de Santiago se juega un partido de fútbol barrio contra barrio.



Algunas Congregaciones

Casa antigua de Temata

LOS DÍAS DE LA REVOLUCIÓN

PASARON LOS CARRANCISTAS

El tío Enrique perteneció a una familia numerosa, aparte tenía muchos peones que trabajaban para él. Sucedió una vez que las mujeres habían hecho para cenar chilpo de gallina para toda la cuadrilla. Ya iban a empezar a servirles cuando llegaron los carrancistas y se fueron derecho a la cocina.

-A ver mamacita, ¿qué tienes de comer?

Se comieron todo, la peonada nada más se quedó mirando sin hacer nada.

-Ahora qué les vamos a dar, se preguntaron las mujeres.

Pues doraron unos chiles secos y eso fue lo que les dieron de comer

Mi tío dijo:

-Uff, dejaron hasta la olla trabucada.

-Es que pasaron los carrancistas, contestaron las cocineras.

LAS MANO NEGRA EN EL JOBO

La mano negra era enemiga de los campesinos, fue un grupo mandado por los ricos; ellos mataron a nuestros compañeros. Nosotros vivíamos esperanzados a nuestro trabajo en jornadas de seis a seis que nos pagaban a sesenta centavos. La gente estaba pobre, entonces decidimos irnos a la lucha organizados por uno de la misma comunidad: Juan R. López; empezamos por investigar y resultó que nosotros éramos los dueños de estas tierras. Por eso los hacendados formaron la mano negra, su ejército particular que no nos dejaba trabajar, hubo temporadas que no dormíamos en nuestras casas, nos escondíamos en el monte con todo y familia. Ese grupo de asesinos agarraba parejo, iba casa por casa buscando a los dirigentes.

PANCHO TRANCAS

Mi tío Francisco Hernández estaba haciendo un jacalito y mi papá lo ayudaba junto con Isiderio Mata cuando llegó Patricio Carmona, el pistolero de la Guardia Blanca; se quedaron ahí parados y mi tío siguió amarrando una viga.

Los pistoleros venían a caballo y platicaban entre ellos. Agarro Patricio Carmona y dijo:

-Oigan, muchachos. Fijense que traemos una junta de ganado de San Rafael y en Agua de Obispos se desperdigó. Queremos que nos ayuden a sacar el ganado. Les vamos a dar cinco pesos a cada uno.

Pero mi tío le guiñó el ojo a mi papá y respondió.

-No señores, no tenemos tiempo. Nos urge terminar esta casita.

-Pero es cosa fácil, no vamos a tardar, dijo Carmona.

-No podemos, pero aquí está este compañero, refiriéndose a Isiderio. Si quieren que se vaya con ustedes.

-Vamos, tu muchacho.

-Si vamos.

Se lo llevaron y en la Barra de El Descanso lo amarraron con una correa y lo interrogaron.

-Oyes, tu conoces a Pancho Trancas (así le decían a mi tío porque en su casa había una tranca) y a Alfonso su hermano.

-Sí, los conozco.

-¿Dónde viven, dónde están?

-Pues ahí, son los que están haciendo la casa.

Tan pronto se había ido Patricio Carmona, mi tío y mi papá se fueron a traer una viga al monte. Cuando venían de regreso oyeron unos tiros por el camino real, cerca de donde estaban construyendo la casa. Doña Lola Zacatecas (le decían así porque venía de Zacatlán), corrió a avisarles:

-Pancho, Pancho. Váyanse que ya mataron a Amador. Dejaron la viga y huyeron para el monte. La Guardia Blanca los anduvo buscando, al no encontrarlo se regresaron a La Palmilla y en el camino, por Agua de Obispos, se toparon con Héctor García y también lo mataron. Era el año de 1935.

Mi tío Francisco huyó para Loma de las Flores, porque lo querían tronar. Había un capitán que quería apresarlo, por eso mandó a traer a mi papá.

-¿Dónde está Pancho Trancas?

-Yo no sé dónde está.

-¿Cómo no vas a saber?, si tú eres su hermano. Tienes qué saber, tu me lo entregas o si no te proceso a ti.

Mi padre se puso a pensar:

-¿Qué hago?, si lo traigo y lo matan me voy a sentir responsable, si no lo entrego, me fusilan a mí.

Se fue a Loma de las Flores a ver a mi tío Francisco.

-Mira Pancho, te andan buscando. Mejor vámonos de este rumbo, te van a matar. Vamos a olvidar todo.

-No, cómo crees. Vete, mañana temprano voy para allá.

Al día siguiente llegó mi tío Francisco y fue a ver al Presidente Municipal.

-Usted me tiene que respaldar, porque si me matan usted será el responsable. Porque a mí me ampara la ley, así que me acompañará a ver al capitán.

Se presentaron con el capitán.

-Aquí le traigo a Pancho Trancas, dijo el presidente.

-Ah, tu eres, mira sin buscarte viniste a meterte a la boca del lobo

Pero como mi tío conocía las leyes, comenzó a discutir y con el respaldo del presidente lo dejaron ir. Después cuatro compañeros lo sacaron de aquí, recuerdo a un tal Santiago Rodríguez; lo llevaron para San Javier, esa noche cruzaron el río pero mi tío no sabía nadar, así se lo llevaron unos pescadores. Luego el capitán los hizo arrestar y los llevó al cuartel de La Palmilla, pero ellos negaron todo, nunca dijeron que lo habían pasado. Mal comido y por tanta persecución mi tío enfermó de reumas, años después murió.

BERTOLDO CABAÑAS

Había un tal Bertoldo Cabañas, según revolucionario, que andaba con su gente. Luego se oía:

-Ahí viene Bertoldo Cabañas.

Y todos empezaban a sacar lo poco que tenían y lo escondían entre las matas de plátano. La gente de Bertoldo Cabañas entraba a saquear la casas, a los más pudientes les exigía dinero y a los otros más pobres el maíz y las gallinas. Era una sinvergüenzada, cualquiera podía alzarse en armas en pro de la revolución y adquirir un grado de teniente o coronel.

BANDIDOS EN EYTEPEQUEZ

Antonio Hernández asolaba la región con su grupo de bandidos, ese vivía por Eytepequez y tenía una noria donde arrojaba a los que mataba. Si se enteraba que alguien tenía dinero, mandaba a sus hombres a robarlo. Iban por él en la noche y lo hacían confesar para que dijera dónde había escondido el dinero o las armas, luego lo mataban y lo echaban al hoyo. Esa noria todavía existe.

En El Arco estaba un tal Miguel Juárez, también jefe de un grupo de matones. Nunca se sabía porque peleaban. En estas tierras había unas chicas grandes, ahí colgaban a la gente. Por San Luis había una higuera, un árbol grandísimo, ahí también colgaban a los que rehusaban integrarse a la bola, primero les disparaban, luego atarantados los colgaban.

En Eytepequez hubo más de tres grupos armados que peleaban nomás porque sí. A veces mientras la gente trabajaba en el campo pasaban a recogerlos porque querían aumentar la tropa. El que se negaba ahí se quedaba bien muerto. Mi papá me contaba que ellos sembraban arroz en una barranca que daba al río cuando oyeron que repicaban las campanas de Tomata avisando que ya venía la tropa. Se asomaron y vieron que la tropa cruzaba el río. Mi papá y los demás huyeron, hasta el cántaro del agua quedó agujereado por los balazos.



Los días de la revolución

Guerrillas de El Jabo

ZAFARRANCHO DE 1931

HECHOS TRÁGICOS EN LA CIUDAD DE TLAPACOYAN: 17 DE OCTUBRE DE 1931

Corría el año de 1931 y un 8 de octubre muy de madrugada la gente del pueblo se enteró que los santos de la iglesia habían sido quemados. El lugar dedicado al culto de Dios fue profanado por gentes contrarias al clero; el pueblo no tardó en saber que las Autoridades Municipales (un consejo municipal traído de Xalapa) eran los autores de este atropello.

Para ese entonces el que esto escribe contaba con doce años de edad, vivía con mis padres en el lugar denominado El Arenal (hoy Campo Deportivo Héroes) al sur de la ciudad. Esa mañana mi madre me mandó al molino de Don Amador Torres para que me molieran el nixtamal -este señor Torres fue el primero en poner molinos de su tipo y todavía sigue prestando sus servicios en la calle Hidalgo Núm. 409-. De regreso a mi casa pasé a la iglesia para ver que había sucedido y vi en su interior montones de imágenes hechas carbón que humeaban todavía y a algunas mujeres tapadas con sus rebozos rezando, en sus rostros se reflejaba el dolor que les embargaba, lloraban amargamente por ver a los santos de su devoción carbonizados. Por mi corta edad no alcancé a comprender el por qué de estos hechos, menos de sus consecuencias; me quedé pasmado ante este cuadro desolador de llanto y dolor. Como testigo mudo quedé un Sagrado Corazón de bulto que se escapó de la quema porque se encontraba empotrado en la pared en el fondo de la iglesia a unos seis metros de altura, nada más tenía pintados los reatazos, pues no lo pudieron lazar; de imprevisto entró la policía que a culatazos y profiriendo palabras ofensivas nos sacó del lugar. Llegando a mi casa le conté a mi madre lo que había visto y ella rompió a llorar, quizás presintiendo las fatales consecuencias que estos actos ocasionarían.

Ese día amaneció oscuro, se estaba formando un tromba y las nubes giraban en remolino, alcanzándose a escuchar un leve y persistente ruido en el aire. Las nubes en forma de embudo apuntaban al pueblo que lleno de temor miraba hacia el cielo preguntándose si el Dios del Universo los castigase por la ofensa cometida en su templo. A las diez de la mañana, desafiando todo peligro, el Señor Cura Francisco Ramos hizo su aparición y nos pidió que lo acompañáramos en sus oraciones pidiendo perdón a Dios, por lo que creo firmemente que Dios nos lo dio. Al estar los templos cerrados por orden del gobierno, los curas actuaban en la clandestinidad y sus oficios los celebraban en casas particulares, yo asistí a una misa en casa de las señoritas González. Este cura se hacía pasar por obrero de una carpintería en lo que hoy es la casa de la familia Melgarejo (calle Hidalgo esquina Gutiérrez Zamora) quedándole cerca la parroquia y para no ser reconocido se vestía con un overol.

A partir de ahí el pueblo vivió días tensos, la gente se movía con desconfianza y tomaba precauciones para hacer sus compras. El temor se fue disipando y se convirtió en odio contra las autoridades municipales a las que se les empezó a conocer con el nombre de Los Quema Santos. Los fieles al clero comenzaron a planear el castigo a los sacrílegos por haber ofendido al pueblo en sus sentimientos más nobles: su creencia en Dios y la fe en sus santos. Los siguientes días aparentaban calma, pero la verdad era que la gente se estaba organizando para el ataque al Palacio Municipal, ya que ahí se harían fuertes Los Quema Santos. Como todo chico de mi edad se entera uno de las cosas por curiosidad o ayudado por la suerte: serían como las ocho de la noche del día 12 (lunes), me quedé parado por la casa de Don Wolstano Vernet, en la contra esquina del Palacio, este señor se paseaba en compañía del presidente municipal Manuel López del Ángel, escuché que Don Wolstano le aconsejaba que se fuera del pueblo con sus colaboradores y que no comprometiera a la gente a cometer una barbaridad con sus personas, pero el interpelado le contestó al señor Vernet que no abandonaría su puesto y que al palacio lo defendería a como diera lugar. Tanto el presidente como su secretario vivían en la casa del señor Vernet, que siendo el más rico

del pueblo conocía a la gente y sabía de lo que era capaz. Ya no escuché más y me fui a mi casa, le informé a mi madre lo que había escuchado.

El miércoles 14 me enteré que le habían mandado una misiva al presidente municipal donde le notificaban que se retira del pueblo en forma pacífica y que si no lo hacía el novenario de los santos quemados lo celebrarían con sus cuerpos, con eso quedaba sellado su destino. Familias enteras quedaron comprometidas en los acontecimientos que sucedieron después. En la madrugada del sábado 17 de octubre (nueve días después de la quema de los santos) como a las tres de la mañana mi madre despertó sobresaltada porque se oía que algunas gentes corrían por la calle de abajo por la casa de la familia Oliver. Instantes después se escucharon los primeros disparos al grito de ¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!. Empezó el acecho al palacio, el presidente y sus colaboradores se habían trasladado desde el viernes por la noche con armas y parque; ahí se hicieron fuertes para vender caras sus vidas. Toda esa mañana los disparos fueron constantes, los del pueblo cercaron el palacio, así que los que estaban dentro de él no podían escapar. Pasado medio día el tiroteo arreció en ambos bandos, serían como las dos de la tarde cuando un grupo de mujeres valientes encabezadas por dos Adelas de apellido Cortés y Armas, comerciantes de la plaza, portando una bandera blanca pedían a los sitiados que se rindieran, pero no les hicieron caso y ellas se retiraron del palacio convencidas que ya nada se podía hacer por las vidas de Los Quemados Santos.

La pena de mi madre era doble, por un lado mi padre no había venido a casa y pensó que también se había comprometido en esa acción, por otro lado estábamos expuestos a recibir alguna bala perdida de las que disparaban desde el palacio, pues nuestra casa se encontraba en la parte alta por el lado sur a dos cuadras del mismo. Las tejas empezaron a volar en pedazos y ante el peligro que corríamos mi madre nos puso a salvo, haciéndonos cruzar la calle a rastras hasta alcanzar las bardas de mampostería que rodeaban la casa de los Martínez. El tiroteo se hizo más intenso entre las cinco y las seis de la tarde, los sitiados salieron corriendo por el tejado de la escuela Morelos (hoy Héroes) hasta donde estábamos tirados, escuchamos los gritos y las voces de los atrincherados. Corrí hacia la esquina de Ferrer y Guerrero, vi como un hombre se hincó a media calle, alzó su arma y disparó a uno que corría calle abajo, éste se desplomó y quedó tendido frente al Hotel Rivero, el tiro había sido certero. Empezaron a escaparse porque el parque se les había acabado y porque no podían respirar, ya que en la entrada del palacio habían quemado un bulto de chiles secos. Al caer la noche de este trágico día nadie de los que estaban en el palacio quedó con vida, sus cuerpos aparecieron regazos por todos los rumbos de la ciudad. Para esas horas la gente pedía que todos los cuerpos fueran amontonados en los bajos del palacio y que se les quemara como ellos habían hecho con los santos, las personas más sensatas se opusieron a ello y convencieron a la gente para que no lo hiciera. Sin embargo algunos muertos fueron arrastrados por las calles (antes calzadas de piedra) y por lo menos dos quedaron tirados en los bajos del palacio.

Como ya no se oían disparos me encaminé hasta llegar al parque Luis Escobar en cuyo quiosco los rebeldes habían amarrado al señor Fernando Ceceña y mojándolo con petróleo o gasolina amenazaban con prenderle fuego. Estuvo a punto de perder la vida a no ser por algunas personas que intervinieron en su favor, salvándose de una muerte dolorosa. Los primeros muertos de ese día fueron Pedro Cuéllar que al intentar llegar a la planta baja del palacio por las escaleras, se asomó en el primer descanso donde quedó muerto por un balazo en la cabeza; el otro fue Raúl, cuñado de presidente, que al querer salvar la vida brincó el barandal que da al patio del palacio, ahí quedó con una bala en la espalda que le dispararon los esbirros del presidente. La noche del sábado sólo se escuchaban pasos apresurados de hombres que buscaban asilo en casa de algún amigo para pasar la noche. El pueblo entró en una calma obligada porque pensaban que en cualquier momento llegarían las fuerzas armadas de Xalapa y por lo acontecido serían perseguidos y castigados.

Al día siguiente, domingo 18, amaneció con neblina que había dejado una llovizna ligera que cayó sobre el pueblo y sobre los difuntos. Las personas que fungían como autoridades auxiliares se negaron a levantar a los muertos; fueron a ver a Octaviano García (Tavito, así le decían quizás por que era chaparrito), atendía un zangarero en la calle Valdés y Llave. Este señor tenía el cargo de juez auxiliar de sección, fue el único que se dio valor para levantar los muertos. El día se despejó como a las dos o tres de la tarde, a esa hora se llevaron a los difuntos por lo menos dos tenían ataúdes, los otros iban sobre la plataforma de una troca, según alcancé a escuchar los conducían a Xalapa. Al término de ese día no hubo más violencia.

En esa época los pueblos estaban mal comunicados, sólo contaban con caminos reales para andarlos a caballo o a pie y una brecha por donde se transitaba con dificultad en carro, el telégrafo y el teléfono habían sido cortados por los rebeldes. Eso explica por que las fuerzas armadas llegaron tarde. Todo el pueblo estaba comprometido aunque no todos estuvieron presentes esa noche, habían participado con parque y alimentos para los sitiadores.

Cerca de las ocho de la mañana del lunes recorrí los portales de la plaza del mercado con la esperanza de encontrar a mi padre. Llegué a la esquina de Llave y Alatorre (hoy Héroes) cuando vi venir hacia mí a una persona armada, se cubría el cuerpo con un jorongo y en la cabeza llevaba un sombrero con las alas hacia abajo que tapaba su cara, pero lo conocí inmediatamente y lo llamé por su nombre en señal de saludo: Alfonso. Le quería preguntar por mi papá pero no me dio tiempo y me dijo: "no digas que me viste y vete para tu casa porque aquí corres peligro." Se asomó por todo lo largo y ancho de la calle, me quedé parado sin saber que hacer cuando escuchamos el toquido de una corneta por la Y griega en el barrio de Itzapa. Alfonso corrió calle abajo y yo me fui para mi casa. Los soldados habían entrado al pueblo.

Alfonso era hijo de Don Eladio González, uno de los organizadores de los hechos que aquí se narran en colaboración con Ignacio Viveros (El Abuelo), Carlos Jiménez (El Hinchao), Salvador Marín y Enrique Servín. Este Abuelo era de Coahuila, su porte era de norteño, había formado parte del Consejo Municipal pero por negarse a participar en la quema de los santos el presidente lo destituyó de su cargo y por eso se paso del lado del pueblo.

Las fuerzas armadas venían comandadas por un capitán que ordenó se rastreara a las personas que habían participado en los hechos. Los rebeldes del pueblo mal armados se encontraban atrincherados en los lados de la calle que viene de Itzapa y desemboca en la Y griega, esperando que entraran las fuerzas del gobierno, pero decidieron no enfrentarlos temiendo perder y ocultados por las sombras de la noche se dirigieron al Barrio de El Rastrillo y en un grupo de sesenta o más personas se fueron con rumbo al Cerro de Tepantepec, ahí acamparon y al amanecer cada uno tomó el camino que más le convino. Algunos se fueron hacia Paso Real y acamparon en Lomas de Arena, en este grupo iba Daniel García que me dijo: "reforzados por elementos de San José Acateno decidimos hacer una nueva incursión a Tlapacoyan, pero fuimos interceptados por la guerrilla de San Isidro". Uno de sus compañeros quedó herido de una pierna y por no dejarlo tirado un tal Manuel se lo cargó en la espalda amarrado a una silla, lo llevó hasta Palo Gacho en el municipio de San José Acateno, Puebla.

El pueblo de Tlapacoyan por causa de estos acontecimientos quedó sumido en el atraso por más de medio siglo. Pasaron los años para que yo pudiera comprender porque en un pueblo pacífico sucedieran estas atrocidades tan lamentables. Por un lado el gobierno apoyó al agrarismo, por el otro los terratenientes se aliaron al clero para hacerle frente, pues sentían que su poder se estaba desquebrajando. Para que los campesinos se defendieran de las Guardias Blancas o Mano Negra se crearon las Guerrillas Rurales, estas guerrillas rurales leales al gobierno fueron comandadas por Aurelio Martínez en la Congregación de Hidalgo

otra conformada por las congregaciones de Piedra Pinta y El Jobo lideradas por Francisco Lara. De la congregación de Piedra Pinta murieron por esta causa Cándido Pérez, Cosme Perdomo, los hermanos Nabor y Bartolomé Aguirre.

Tengo setenta años de edad y sentí el deseo de escribir sobre los hechos trágicos del 17 de octubre, diciendo la verdad. Si alguien en el futuro quiere hacerlo que lo haga si distorsionar los hechos. Para mí que los que perdieron la vida ese día, siendo del bando que fuesen, tienen la Gloria de ser Mártires del 17 de octubre de 1931. Así se les debe de recordar en la historia de Tlapacoyan, pueblo noble y trabajador a quien no le debe avergonzar estos hechos, pues cada cual defendió lo que en su conciencia debió de proteger. Al narrar estos hechos no pretendo alcanzar notoriedad por ello, sino para que no queden en el olvido. La historia la hacen los pueblos y la Heroica Tlapacoyan es uno de esos pueblos leales en sus creencias, inquebrantables en su fe. Tlapacoyan es un pueblo que se siente orgulloso de su pasado y de sus raíces de más de cinco siglos. El que lea estas páginas está en su derecho de aprobarlas o no, sólo me atengo a su benevolencia para juzgar los hechos según su criterio. Todos los que formaron parte de esta historia y se adelantaron en el viaje sin retorno, LUZCA PARA ELLOS LA LUZ ETERNA.

LA QUEMA DE LOS SANTOS

Sucedió que el 17 de octubre de 1931 unos hombres quemaron los santos de la Parroquia de la Asunción. Entonces la gente andaba brava. Aquí en Pochotitan había un señor al que le decíamos El Abuelo, ese unió a toda la gente para que fueran a vengarse por la quema de los santos. Recorrió Dos Cerros, Platanozapan, Buena Vista, Tomata, Cosmixquiloyan, Otra Banda y preparó a la gente. Esa batalla fue como de unas quinientas gentes. A Los Quema Santos les hicieron su encamisada y los correataron por todo el pueblo. Ahí mataron a Nabor Aguirre y a mi tío Cosme Perdomo, eran jefes de guerrilla. Los había llamado el presidente municipal para que cuidaran el palacio y a ellos no les quedó de otra más que obedecer.

Ese sábado la gente sitió el palacio, los tuvieron encerrados todo el día. Doña Margarita Barrientos, dueña de una tienda dio chile seco para que le prendieran fuego en la puerta del palacio municipal. Empezó a arder y el humo invadió todo el recinto, los sitiados tuvieron que salir, trataron de escapar pero no pudieron, luego los mataron. A Nabor Aguirre lo atraparon en el Oro Verde, se había escondido debajo de la cama de Don Fernando Diez, un señor que hacía aguardiente, cuando lo sacaron dijo: "primero muerto que rendido". Entonces lo machetearon y le dieron de pedradas. Así se lo trajeron para el palacio y en la calle Cuauhtémoc por donde está el Hotel Rosil, se subió a un mango para protegerse, luego Salvador Marín lo desbarrancó a balazos. Ese Salvador decía:

"Aquí me mueren en la esquina
y los tiros que me den
se los deben a mi prima."

Al Secretario del Ayuntamiento Víctor García nada más le volaba la chaqueta, ese día iba vestido de casimir. Se fue corriendo rumbo al hospital por la calle Cuauhtémoc que desembocaba en voladero y se fue a esconder entre la basura, le dispararon pero no le atinaron. Se fue para México donde estuvo once años, a su regreso volvió a ocupar el mismo cargo. Mi tío Cosme cayó muerto en la esquina del parque, mi abuelo recibió un balazo en el brazo por pedir que ya no le pegaran a su hijo.

Los mataron el sábado, el domingo estuvieron los cuerpos tirados en la calle, nadie se atrevió a levantarlos, ya estaban todos hormigueados, incluso había gente cuidando que nadie los auxiliara. Hasta el lunes llegó la federación, se llevó a los muertos y empezó a agarrar a la gente que había participado. Los llevaron amarraditos para Xalapa y en Jalacingo soltaron a algunos. A los demás los metieron a la cárcel, después de dos años quedaron libres.

Ese día de la tirotiza, Pedro García de El Arco pasó a hablar con mi papá.

-Compadrito, vamos a darles en la torre a esos quema santos, si no tienes arma yo te presto mi pistola, aparte traigo mi retrocarga.

-No compadre, esto va a tener mal resultado, no voy.

Después Pedro tuvo que huir para Hueytamalco, por allá anduvo con todo y familia.

MÁRTIRES DEL 17 DE OCTUBRE

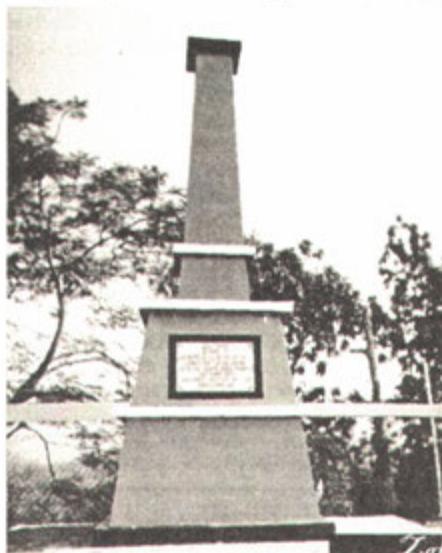
Cuando todavía los restos de los mártires de Piedra Pinta estaban en el Panteón de Tlapacoyan, aquí se les celebraba como si fuera un velorio. Se adornaba la Casa del Campesino con flor de cuernavaca y también se hacían coronas con esa flor, luego se ponían las fotos de los caídos y se les velaba toda la noche; se repartía café, té y copita. Al otro día, a las ocho de la mañana, se volvía a juntar la gente para llevar en procesión las ofrendas al panteón.

Nosotros tenemos a donde vivir gracias a esas personas que murieron, a ellos que no les tocó disfrutar lo que pelearon. No aprovecharon nada, más que la muerte.

DE NUEVO EN SU TIERRA

En 1972 fueron trasladados los restos de los mártires del Panteón a su monumento en Piedra Pinta. Era el presidente del comisariado ejidal Gonzalo García y del consejo de vigilancia Blas Melgarejo. Los restos fueron depositados en una cajita de madera, venían escoltados por cadetes de la Escuela Naval. Fue una ceremonia muy bonita donde estuvieron presentes varias personalidades; ese año andaban de gira los hijos de Emiliano Zapata y por fortuna asistieron al acto. Ese día se hizo comida para todos los invitados: chilatole de pollo, caldo de pescado y aguas de sabor.

Años más tarde se trajeron los restos de Nabor Aguirre. Ahí están todos: Cándido Pérez, Nabor Aguirre, Bartolomé Aguirre, Cosme Perdomo y Juan Marín. De nuevo en su tierra.



Lafarrancho de 1931

Monumento a los Mártires del 17 de Octubre de 1931, Piedra Pinta.

LA QUEMA DE LAS ESCUELAS

LA ESCUELA DE POCHITAN

A mí me tocó ver cuando quemaron la escuela primaria de Pochotitan, fue un martes de 1934, en lo que hoy es el Jardín de Niños. Ese día llegaron por el camino de Buena Vista, donde habían quemado la escuela y matado al profesor Carlos M. Durán; lo colgaron dentro de la escuela y a sus pies quemaron toda su documentación. A este profesor le robaron un calcetín con puras monedas de a tostón 7-20 y otro calcetín verde con ocho pantes de puros billetes de a peso. Los rebeldes, armados y a caballo, se vinieron para Pochotitan. Ese día mi papá y yo trabajábamos en la parcela cuando vimos:

-Está ardiendo la escuela.

Apenas se acababa de inaugurar el lunes y el martes la quemaron. Salimos a toda prisa, hasta dejé mi azadón tirado. Fuimos a avisar al Palacio Municipal lo que había pasado y el capitán Carlos Lanzagorta se alistó con sus soldados. Nos venimos con él, llegando al Texcal nos encontramos al profesor Pablo Jiménez que venía con una toalla en la cabeza, le habían cortado la oreja. El profesor al ver llegar aquella gente se abrazó a uno de sus niños -creo que era su hijo- y como no lo soltó nada más lo hirieron en la oreja. Los chicos al ver lo sucedido salieron despavoridos gritando que estaban quemando la escuela. Luego se juntaron las mujeres, Doña Eulalia Méndez y Berta Méndez, Doña Chole y su marido, rodearon al profesor y no dejaron que esos hombres lo mataran. De esa forma se salvó.

Llegamos a la escuela acompañados por las fuerzas de Lanzagorta, todavía humeaba. Seguimos el camino real hasta salir a La Raya, luego en Eytepequez, por la iglesia le pregunté a Alberto Camacho, vecino de esa comunidad, si había visto a unos armados.

-Sí, ahí están anca mi compadre Pedro García junto a la capilla de El Arco. Están comiendo.

Seguimos hasta El Arco, nos detuvimos en unos paredones, cuando nos vieron dejaron la calle y se fueron a atrincherar en un bordo que había adelante. Comenzó la balacera, yo le recargaba las pistolas al capitán Lanzagorta, pero don Carlos no les atinaba. Yo estaba tras un muro de piedra y los tiros pegaban en el empedrado y en las tejas. Se notaba que aquellos traían sus maucos nuevecitos porque brillaban. Nada más veíamos sus cabezas sobre el muro y las lenguas de fuego de sus pistolas.

Los rebeldes no cedían, así que un soldado de primera se orilló hasta la casa de mi compadre Pedro García, se pegó a la pared, desde ahí se echó a uno. Luego cruzó la calle y se tiró bajo unas matas de lirio, ahí se metió cortando cartucho y disparando. Se oía que los rebeldes iban corriendo y el soldado dispara y dispara. Avanzamos, aparecieron dos muertos, otros más. Todos traían rosarios en el pescuezo, según dicen que eran apoyados por un sacerdote de Teziutlán.

VIDA DE LA CIUDAD DE TLAPACOYAN

LA DEFENSA DE TLAPACOYAN 22 DE NOVIEMBRE DE 1865

Durante 1865, la inquietud por el Imperio y la República se revelaba en todo el país, causando estragos en todas las poblaciones. En el Estado de Veracruz, el 27 de abril de ese mismo año, el general Muñoz nombra a Ignacio Alatorre como jefe de la línea de Tlapacoyan a San Carlos. Los pueblos estaban empobrecidos como resultado de las guerras intestinas y la única fuerza con que contaba para establecer esta línea fueron 24 hombres del Batallón Ligero-Llave, al mando del capitán Genaro Rodríguez. Debido a su esfuerzo para el 3 de mayo contaba ya con una fuerza de 80 hombres armados, vestidos y pagados.

Distraído por una expedición que organizó a Misantla, los imperialistas aprovecharon esta ocasión, descendiendo a Teziutlán ocupando Tlapacoyan e internándose hasta la hacienda de El Jobo. El comandante militar de la primera ciudad citada, participó violentamente esta noticia a Alatorre, quien ordenó la salida inmediata para Tlapacoyan del coronel Ferrer con 60 hombres del Batallón Ligero-Llave y alguna caballería, ordenando también al coronel Pérez reuniera la Guardia Nacional de El Pital y Nautla para que incorporadas ambas fuerzas marcharan a Tlapacoyan y la recobrarán del poder de los austriacos. El día 3 de agosto en la noche, el enemigo abandonó esta población, siendo ocupada desde luego por las tropas republicanas. El día 6 por la noche, nuevamente los austriacos e imperialistas quisieron sorprender la plaza, cayendo de improviso sobre ella, pero habiéndola defendido heroicamente los coroneles Pérez y Ferrer, rechazaron una vez más al enemigo.

El día 7 de agosto retornó Alatorre a Tlapacoyan con el objeto de dirigir los trabajos para su defensa, pues los traidores del Imperio se habían propuesto tomar esta plaza con la intención de dirigir desde ella las maniobras de toda la tierra caliente. El enemigo se retiró a Hueytamalco, y ahí se atrincheró. Mientras tanto Alatorre, pensando que ya los imperialistas no regresarían, retornó el día 11 a Misantla, dejando Tlapacoyan solamente con 200 hombres y retirando la fuerza de El Pital con el coronel Pérez, habiendo recomendado al coronel Ferrer el cuidado de la plaza.

Inquieto por excelencia, Alatorre tuvo la intención de tomar la plaza de Xalapa que estaba en poder del Imperio, sin tener la prudencia necesaria para poder actuar inteligentemente y con cordura en esta empresa, que no resultaba fácil, dadas las condiciones de los pueblos y los innumerables recursos con los que contaban los traidores; y en tales condiciones, abandonó Tlapacoyan, conociendo la inquietud que sobre esta plaza tenían los imperialistas para tomarla. Y más aún, ordenó al coronel Ferrer que con toda su guarnición se presentará el 20 de agosto Tlacolulan, dejando a Tlapacoyan a la zaga, sin pensar en las consecuencias. Ferrer a pesar de todo no se separó de su puesto, considerando los peligros que había en Tlapacoyan y más todavía cuando el enemigo descendió de Hueytamalco y la atacó, aunque sin éxito.

Nuevamente el 22 de septiembre, los imperialistas y austriacos atacaron la plaza de Tlapacoyan, rechazando su guarnición a los traidores. Al regresar Alatorre a Tlapacoyan fue informado de que el cacique de la Sierra de Puebla, general Juan Francisco Lucas, había celebrado un armisticio con el conde Thun, general austriaco, y por tanto tuvo temor que todas esas fuerzas descendieran a este lugar para dirigir desde aquel sus operaciones sobre la costa. En tales condiciones se propuso fortificar esta plaza recibiendo 4,000 cápsulas del general Muñoz; en Misantla mandó construir otros tantos cartuchos y envió a Papantla por tres obuses de montaña con sus dotaciones correspondientes, solicitando al coronel Fernández le enviara a Misantla 100 hombres del Batallón Zamora, contribuyendo todo a la defensa de Tlapacoyan.

Desde Teziutlán fue informado que en esa ciudad se estaba organizando a toda prisa una expedición formal sobre Tlapacoyan, tomando Alatorre todas las precauciones y esperando solamente cualquier acontecimiento. En aquellos días fue nombrado Alatorre jefe de las fuerzas de Barlovento, procediendo a organizarlas en una sola división, compuesta de cuatro columnas, de las cuales la Segunda se componía del Batallón Ligero-Llave y la Guardia Nacional de Tlapacoyan, bajo el mando del coronel Andrade.

Escasos los republicanos de recursos, de municiones, de dinero y de soldados, pues apenas su guarnición llegaba a 500 hombres, más los tres obuses; mientras los contrarios, al mando del jefe austriaco Zach, eran más de 2,500 soldados con ocho piezas de artillerías, la mayor parte rayadas y con viveres en abundancia. Alatorre se aprestó a la lucha pensando que esta prueba sería decisiva para las armas de la república, como a las dos de la tarde del 16 de noviembre las fuerzas austroimperiales acamparon en Hueytamalco, Dos Cerros y Tomata, lugares que circundan a Tlapacoyan, y al amanecer del día 17 descendieron unos por el Cerro de Gentiles, otros por el camino de Dos Cerros y los restantes por Tomata, ocupando las alturas dominantes que rodean esta población, procediendo al asalto desde las siete de la mañana, durando la lucha hasta las cuatro de la tarde, siendo rechazado el enemigo, que se retiró a sus posiciones. Más al perseguir Alatorre a los traidores que huían hacia Tomata sus fuerzas sufrieron serios descalabros.

Durante estos días, el mal tiempo se extendió por toda esta zona y dio ocasión para que el enemigo no abandonara sus puestos; y el día 21 retornó a su ataque sobre la plaza, entabliéndose una lucha llena de desesperación y arrojo que se prolongó hasta el 22 de noviembre. El señor Manuel Mendoza que era alcalde municipal, llamó a todos los tlapacoyenses para la defensa de la población, e inmediatamente se presentaron abrazando la causa de las armas republicanas. Combatieron con valentía y entusiasmo atacando con las fuerzas desde el fuerte del Cerro del Arenal que dominaba el camino de Jalacingo. Al coronel Ferrer se le encomendó la trinchera de Las lomas de Texcal y con 120 hombres sostuvo su punto frente a 500 austriacos, más una parte de las reservas de los imperialistas demolieron el parapeto, mientras Ferrer y su gente continuaron en su lugar, recibiendo el fuego enemigo a pecho descubierto. Al fin cayó el héroe disparando su revólver sobre los contrarios, que ya pisaban los escombros de la trinchera. Los austriacos entraron al fin a esta plaza pasando por encima de los cadáveres de sus valientes defensores. Junto con Ferrer sucumbieron en esta gloriosa acción el comandante Cenobio Rojano, los capitanes Juan Mejía y Pascual Arriaga, el teniente Antonio Ortega y un buen número de soldados anónimos. El enemigo perdió al teniente Raad del cuerpo austriaco y el teniente Rausther quedó herido.

Al recoger los austriacos a sus muertos, levantaron el cadáver del valiente coronel Ferrer y en unión de sus propios oficiales desaparecidos le dieron sepultura, haciéndole los mismos honores que a los suyos, tributando reconocimiento y respeto al héroe que había sucumbido en defensa de su república. Los oficiales republicanos que cayeron presos en manos de las fuerzas enemigas fueron canjeados por orden de Alatorre por 52 prisioneros que había dejado en Misantla.

El 24 de noviembre, el jefe austriaco Thun dio la noticia a México sobre lo ocurrido en Tlapacoyan y por decreto del 6 de diciembre de 1865, firmado por el emperador Maximiliano se condecoró con la Cruz Oficial de la Imperial Orden de Guadalupe al comandante austriaco Alberto Caballero de Schonawsky, que según se dijo había ocupado con una sola compañía doce barricadas que defendían los republicanos. Durante el mes de enero de 1866 fueron condecoradas otras personas de menor categoría por sus méritos en el ataque a esta población.

ALGUNOS ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS, DEPORTIVOS Y SOCIALES DE TLAPACOYAN

En 1875 Don Luis Escobar Toledano tomó las riendas del gobierno de Tlapacoyan y en 1907 dejó sus funciones políticas. Estuvo 31 años en el poder durante los cuales introdujo el agua a la ciudad, construyó el parque, el panteón y pavimentó las calles principales de Tlapacoyan.

En 1905 se realizaban actos literarios, el programa artístico era: Velada Artístico Literaria con motivo de la fundación del Colegio de la Purísima Concepción. Se tocaron Obertura Semiramis de Rossini ejecutada al piano por el Sr. Francisco Peredo Hoyos con acompañamiento de orquesta. Era una elite instruida de gente acomodada.

En 1914 las huestes de Velasco entraron a Tlapacoyan y como otras fuerzas armadas ya habían pasado por aquí se desquitó con el pueblo y quemó el palacio.

En 1917 un tal Márquez quemó parte de la casa curatal donde estaban los archivos, por lo mismo hay muy poca información de nuestro pasado.

En 1920 se construyó el primer quiosco del parque con un toldo. En su segunda época se le puso un toldo con tubos y en 1940 fue su tercera remodelación.

En 1926 Pascual Flandes, presidente municipal, mandó instalar los faroles del parque y puso el reloj de la torre del palacio. Este Pascual Flandes vivió en el Oro Verde, se dedicaba a hacer pailas.

En 1929 el primer chofer que manejó un autobús de Teziutlán a Martínez de la Torre fue Don Constanco Aguilar Jiménez.

En 1940 se formó el primer equipo oficial de Tlapacoyan: El huracán.

En 1965 con motivo del centenario de la batalla contra los austriacos, Fernando Arias vino a develar la estatua de Ferrer. En una cajita trasladaron sus restos de la columnata que estaba en el Arenal a la que nueva estatua del parque. Estuvieron presentes el maestro David Ramírez Lavoignet y el bisnieto de Manuel A. Ferrer.

En 1960 se formaron dos orquestas de viento: La estrella y La Guanabanacoa, ambas muy buenas.

En 1995 el pintor José Luis Cuevas vino a Tlapacoyan.

El monumento que se construyó en El Arenal en honor a los héroes de 1865 fue modificado en su estructura cuando lo trasladaron al Campo Deportivo, además ya no tiene los restos de aquellos patriotas. Todos los desfiles y actos públicos que se hacían en Tlapacoyan terminaban en esa columnata erigida a Ferrer. Era el único orgullo que tenía Tlapacoyan, ella simbolizaba el porqué Tlapacoyan es heroica.

Don Aurelio Núñez Arroyo le dio impulso a la industria cafetalera, también fue el dueño de la primera planta hidroeléctrica de Atzinta y de una fábrica de hielo que abastecía a Martínez de la Torre, San Rafael y Nautla.

En Tlapacoyan siempre ha florecido el fútbol. La familia Sánchez aportó buenos futbolistas y toreros.

Humberto Peredo Borboa, tlapacoyense, jefe encargado de la Oficina Federal de Hacienda, escribió el libro: Manuel Alberto Ferrer: La gloriosa batalla de Tlapacoyan, Ver.

Tlapacoyan es un pueblo netamente agrícola. En su tiempo floreció el café, luego el plátano y la naranja. Tres fuentes que han sostenido a nuestro pueblo. También ha sido huésped de innumerables personalidades: presidentes de la república como Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, gobernadores como Fernando Gutiérrez Barrios, Dante Delgado, Patricio Chirinos y Miguel Alemán, por mencionar algunos; políticos como Castillo Peraza. Reconocidos intelectuales como Luis Melgarejo Vivanco, Alfonso Medellín y prestigiados grupos musicales como El Ballet Folklórico Tlen Huicani y el Cuarteto Polonia de la Orquesta Sinfónica de Xalapa.

HOTEL RIVERO

El Hotel Rivero fue uno de los primeros mesones en la ciudad de Tlapacoyan, estaba en la calle Ferrer rumbo al Campo Deportivo Héroes, ubicado en aquellos tiempos en la entrada principal a la ciudad viniendo de Teziutlán. Como no había carreteras las personas se transportaban a pie o a caballo; llegaban en la tardecita al hotel y pedían un cuarto, dependiendo de la paga era el cuarto. El más caro costaba cincuenta centavos con servicio de baño (una jarra con agua, una toalla y un lavado), un catre con cobija, por el caballo pagaban veinte centavos para que lo pusieran en un pesebre donde lo desensillaban, lo peinaban y le daban su buena pastura. El pobre que venía a pie o en burro rentaba un cuartito de veinte centavos: un petate para que se tendiera en el suelo, mientras que el burro se quedaba por ahí amarrado sin pastura, el dueño tenía que conseguir unos zacates para darle de comer. Las propietarias de este Hotel Rivero fueron las Señoritas Iglesias, todavía existe la casa, un que otro cuarto y las caballerizas.

LOS PRIMEROS FORCITOS

Hace tiempo cuando abrieron la brecha para Teziutlán la carretera daba vuelta a Dos Cerros, en partes había calzada, en otras nada más la brecha. Entonces empezaron a circular los primeros forcitos que se estacionaban afuera del Hotel Melgarejo, frente a lo que hoy es La Canadá. Ese era el sitio de taxis.

Un día fui a Teziutlán, cobraban dos pesos, y antes de llegar a Platanozapan el carrito se detenía, éste tenía un kran para arrancar el motor: nos bajábamos en la subida y lo empujábamos hasta llegar al plan, luego nos subíamos rapidísimo. Hacíamos como tres horas a vuelta de rueda.

Eran buenos carritos de material laminado, la cajuela parecía un baúl grande donde ponían el equipaje. No había casi carros, una que otra camionetita de la misma marca. En 1924 Tlapacoyan era chico, nada más tenía la calle principal: una calzada, la Héroes.

MERCADO DE TLAPACOYAN

En lo que hoy es la Paletería la Michoacana antes era un portalito de calzada, ahí se ponían a vender las chantitas que venían de Jalacingo: traían verduras, frutas y cazuelas. El mercado nada más era un cuadro y cada uno de los comerciantes ponía su manteado para cubrirse del sol. Entonces se usaba mucho el litro como medida y lo vendían con colmo (pilón). Todavía no había azúcar granulada, se vendía por pilones de cinco kilos, en las tiendas ponían a propósito un cajón para los pilones y una hachita para picarlos. La carne no se pesaba, se compraba por veinticinco centavos o dos reales:

·¿De dónde quiere, maciza o hueso?

·Pedazo y hueso, pero me pone mi pilón.

EL BAUTIZO

Cuando se cerraron las iglesias por orden de Adalberto Tejeda, en el parque de Tlapacoyan Don Severino Salas, agrarista consumado, bautizaba a los niños en la fuente que estaba en el pasillo que daba a la iglesia; pero no le ponía nombres cristianos, si era niño le llamaba Gardeni3n, Tulip3n, o Jacinto y si era ni3a Azucena, Violeta o Dal3a.

TODO CENTAVEADO

Todo se compraba por centavo, no se usaba b3scula. El comercio era al tanteo o por bulto; luego para mayor facilidad los comerciantes decidieron usar medidas: un litro de frijol, chile o ma3z. Con el tiempo las autoridades quisieron modificar todo eso y por la fuerza obligaron a los vendedores a usar b3sculas, pero c3mo iban a usarlas si no sab3an leer ni conoc3an la numeraci3n. La autoridad puso una fecha l3mite; as3 que los comerciantes tuvieron que instalar sus b3sculas. Sin embargo como no sab3an manejarlas registraron p3rdidas econ3micas, por lo tanto volvieron a la costumbre de vender por medidas y no le dieron mucho aprecio a la orden.

Un d3a domingo mi pap3 fue a comprar su recaudo a Tlapacoyan, de regreso en casa le cont3 a mi mam3 lo que hab3a pasado: los polic3as en compa3a de otras personas armadas con hachas y machetes hab3an destruido todas las medidas que ten3an los comerciantes. Ellos se quedaron quietos sin hacer nada.

LA PRIMERA L3NEA DE AUTOBUSES

Yo trabaj3 para la primera l3nea de autobuses en 1928, eran unos carritos a los que le cab3an ocho pasajeros. La ruta era de Teziutl3n-Tlapacoyan-Mart3nez de la Torre, cobraban seis pesos por viaje. Fui el primero en trabajar en los Transportes Teziutecos con unos carros chiquitos a los que llamaban guayines; luego Don Luciano P3rez introdujo el primer carro para doce pasajeros, le costo 7.000 pesos, armado en Estados Unidos con carrocer3a de madera. Como hac3a falta otro autob3s, mando a hacer uno con un carpintero de Teziutl3n. En el recorrido hacia Mart3nez de la Torre hab3a muchas trancas porque el camino atravesaba los potreros de la Hacienda La Palmilla, por eso llevaba un ayudante para que se bajara a abrir las trancas. La terminal de autobuses se encontraba en la contra esquina del palacio municipal (Cuaht3moc y H3roes).

En 1929 se empezaron a formar los primeros sitios de taxis de la 3poca. Se paraban en el Hotel Rivero, luego se pasaron al Hotel Melgarejo. As3 se acostumbro la gente a usar los carros de transporte, dejando las bestias de carga y las largas caminatas.

PRIMEROS CINES DE TLAPACOYAN

El primer cine que se instal3 en Tlapacoyan fue de Don Aurelio Nu3ez, ya ten3a banquillas, aunque a veces no alcanzaban. Exhib3an pel3culas mudas del oeste, nada m3s se escuchaba la griter3a:

-Ah3 viene el muchacho, c3rrele.

Las funciones eran los jueves y los domingos, cobraban quince centavos. En el programa pon3an:

Jueves de moda

Gran func3n este jueves de moda con la pel3cula....

En 1957, me parece, don Francisco Ar3mburo ten3a un cine, ah3 pasaban pel3culas habladas de Pedro Infante y los Hermanos Soler entre otras.

LOS TEPETOMATES

Hubo una costumbre ecológica, si se le puede llamar de esa manera. En la segunda quincena de abril, ya en primavera, me acuerdo que decían:

-Ya empieza a cantar la chicharra, ya van a ver tepetomates.

Era un niño y mi familia iba al campo o al río donde buscaban los árboles de tepetomates para cortarlos coloraditos, dulces y jugosos. También encontrábamos árboles de bienvenidos que daban unas frutitas parecidas a las uvas de montaña. Pero desgraciadamente todo eso ha desaparecido.



Vida de la Cid. de Tapachula

Parque Luis Escobar Toledo

VIDA DE LAS CONGREGACIONES

EN EL BAILE

Antes la gente vestía de calzón y camisa de manta y los hombres tenían la costumbre de colgarse un machete. En los bailes era común que se tocaran las piezas corridas, entonces al dar la vuelta uno con otro se pegaban con el machete y se decían:

-Cálmala.

Cuando se acababa la pieza, luego se reclamaban:

-Oye, porque me pegaste con el machete, quieres algo. Éntrale.

Se desafiaban incluso entre compadres, a los dos o tres machetazos se tumbaban la cabeza. Entonces los mismos del baile se hacían justicia: el casero tomaba una reata y un morral, le amarraban las manos al agresor y luego lo colgaban la cabeza dentro del morral. Subían para Tlapacoyan por el camino real y lo llevaban cortito, que se quería huir le socavan la reata hasta que le rechinaba el pescuezo.

Había baile cada ocho días y cada ocho días era de ley que se mataban, incluso en juicio. Al día siguiente se preguntaban:

-¿Qué tal, cómo estuvo el baile?

-Bueno, rebueno.

-¿Cuántos hubo?

-Pos uno, nada más uno se dejó.

AUNQUE SEA UNA TILITA

Tío Rique tenía más de una cuadrilla trabajando en sus tierras y en aquellos años la leña escaseaba, había que traerla de muy lejos y en tiempo de norte que llovía todo un mes la gente no trabajaba pero quería comer. Dicen que un arribeño (se le llama así a las personas que vienen de la Sierra de Puebla) le ordenaba a la molinera:

-Ándale mamacita, tengo hambre, hazme aunque sea una tilita.

Y decía el tío Rique:

-Si no se cuecen las tortillas normales cómo se van a cocer las tilitas (tortilla gruesa).

CIERRA EL OJO QUE HAY VA EL TIERRA

Esto que les voy a relatar fue verídico. Contaba Don Luis Guzmán que en 1917 pasó una enfermedad que le decían La Española, que provocó muchas muertes en toda la región, ya que a los enfermos era difícil salvarlos.

Era tanta la mortandad que no se daban abasto para enterrar a los enfermos que todavía agonizantes los llevaban al panteón, donde habían excavado una fosa común muy grande. Ahí los arrojaban por montón y los enterradores ya estaban listos con sus palas para echar la tierra. Pero uno de los contagiados iba aún moribundo, abrió los ojos y reconoció que uno de los paleros era su compadre y alcanzó a decirle:

-Compadre, compadrito....padrito, dame agua, toilito, toilito. No me oyes compadre, dame agua, toilito.

El compadre arriba con la pala dijo:

-¿Qué toilito ni qué agua!, cierra el ojo que hay va el tierra.

EPIDEMIA LA ESPAÑOLA

La epidemia La Española atacó a Piedra Pinta y la región el 1917. Fue una enfermedad muy terrible que dejó casas vacías. Nos cuenta nuestro tío Enrique López que él y su familia estaban muy graves, no había ninguno sano en su casa, todos estaban tirados retorciéndose por aquella fiebre que los acababa, para mitigar esa sed idearon chupar unos limones ya

arrugados. Parece que resultó como milagro, pues se les fue pasando el efecto de la enfermedad.

Ellos vivían en una loma y veían como en el camino real pasaban los que iban en agonía o ya muertos a lomo de bestia, tres o cuatro atravesados como tallos de plátano. Así los llevaban a un hoyo colectivo en el Panteón de Tlapacoyan y ahí los echaban porque ya no había lugar donde sepultarlos.

CHARRITOS O BALONCITOS

En 1901 mi tío Enrique vivía en La Granja, tenía como doce años. Su papá vendía leña y junto con su hermano iban a la ciudad a vender la leña. Un día mandaron a traer a su papá al palacio municipal y le ordenaron que para entrar al pueblo su gente tenía que usar pantalón, que sí no obedecía lo iban a multar porque ya no querían ver gente de puro calzón.

Queriendo o no tuvo que comprar unas telas para que a sus hijos le hicieran unos pantalones, así que los mandó con el sastre:

-¿Qué quieren niños?

-Nos manda mi pá, que nos haga usted unos pantalones.

-Y cómo los quieren. Miren los hago baloncitos y charritos, ¿cómo los quieren?

Pero como ellos ni siquiera sabían cual era la diferencia entre uno y otro, además de que el sastre no se las explicó, se decidieron por los últimos pues se imaginaron a los charros.

-Bueno, pues que sean charritos.

Dicen que iban a Tlapacoyan a dejar la leña y ahí en Los Mangos (hoy la gasolinera), bajaban el tercio de leña, sacaban los pantalones y se los ponían sobre el calzón de manta. Como no podían se los metían a fuerza. Ya de regreso se detenían en el mismo lugar para sacarse los pantalones, pero no podían hacerlo, así que se agarraban uno al otro.

-Órale, acuéstate, ponte duro que los voy a jalar.

Así solamente se sacaban los pantalones, pero que trabajo les costaba quitárselos y ponérselos como eran charritos, estilo ajustado. Después se arrepintieron de haberlos pedido de esa forma, pero ya ni modo.

LA VIDA EN LA HACIENDA

La vida hace años fue dura, una persona ganaba un peso o un peso con veinte por jornal, eso no le alcanzaba para nada. Como había algo de cacería mataban venados, jabalís, cojolites, faisanes, armadillos y con eso se la iban pasando. Unos tenían vacas, otros sembraban jitomate, chile, maíz, pero quién le iba a comprar. Los mozos vivían acacillados alrededor de la hacienda, a las cinco de la mañana tenían que estar trabajando, cada uno se dedicaba a una tarea en especial: yuntero, leñero, amansador, trapichero, peón. Al mozo el día domingo se le daba su ración de productos que adquiriría en la tienda de la hacienda, nunca vio dinero de verdad, pues le daban unas fichas para que las cambiaran en esa tienda.

La gente vestía de calzón y camisa de manta, ellos no conocían los zapatos, andaban descalzos o de guaraches. Yo tenía un tío que cortaba tarro verde, de esos que tienen espinas muy duras que hasta es difícil que un animal se esconda entre esos tarrales. Mi tío entraba con el machete a descalzonar los tarros y él como si nada, las plantas de los pies las tenía duras como si fueran suelas.

Las casas eran construidas con zacate de guinea, no le ponían alfajillas, eran con tirantes atravesados donde trenzaban el zacate de abajo para arriba, buscando la forma de que el agua no escurriera. Pero el riesgo era cuando el fogón levantaba la lumbre, se quemaban rapidísimo.

En la finca la costumbre de los hacendados era tener al mozo a la forma de ellos, el mozo la aprendía, pero no tenía el mismo nivel de vida.

-Mañana vienes a misa porque llega el señor obispo, aquí te vas a estar dos horas, pero luego te regresas a tu trabajo.

El dueño de la hacienda era Don Juan Diez Bautista, dominaba a muchas personas. Quien trabajara en esta hacienda no podía irse a la finca de La Palmilla, entre ellos se regresaban a los peones. Cuando un mozo se enfermaba el patrón le daba purgante para ver si realmente estaba enfermo y si no de todas maneras se iba a trabajar. Esa no era vida, era un martirio.

LAS TIENDAS DE TOMATA

Tomata era el pueblo y el lugar de comercio, Tlapacoyan estaba muerto. Todos esos paredones allá en la loma fueron tiendas. Había teléfono con línea nada más a Tlapacoyan, de esos de darle cuerda, parecía matraca. Mi papá tenía una tienda con carnicería, panadería y hacía panela, también estaban los Parra, los Hernández y los Carranza con sus tiendas bien surtidas. Bajaban los arrieros con sus bestias y el tianguis se ponían en los portales, todo las poblaciones de la sierra venían a comprar. Era un verdadero mercado.

Los carrancistas y zapatistas vinieron a acabar con Tomata. Esa gente pasaba y le decía al patrón: un préstamo, de todas maneras saqueaban las tiendas. Al otro día pasaban los contrarios a llevarse lo poco que habían dejado; iban de casa en casa saqueando el maíz y los animales de corral. La gente se fue de aquí, unos para Guerrero, otros para Teziutlán. Las tiendas quebraron, Tomata fue grande al inicio y terminó en ruinas.

LOS PRIMEROS APARATOS DE MÚSICA

Cuando tenía siete años el primer aparato de música que conocí fue el gramófono, tenía una bocinota y unos discos bien gruesos, se le tenía que dar cuerda. En cada zangarro había uno de esos aparatos, la gente se apilaba alrededor suyo, pagaba cinco centavos por canción. Tocaban mucho el Adolorido, adolorido del corazón y el Pajarillo barranqueño. Luego vino la vitrola, un aparato que parecía sinfonola con una tripa hacia adentro, como para hablar por teléfono. Para que funcionara se le echaba un quinto pero nada más se escuchaba la canción por medio de la tripa.

También llegaron los húngaros que traían su circo, de pueblo en pueblo venían jalando sus animalitos. En la escuela subían el aparato de cine y ponían su telón, pasaban películas de El Gallo Giro, Toño Aguilar, Pedro Infante y los Hermanos Soler. En ese entonces cobraban veinte centavos por entrar.

En 1934 todo se compraba por centavo: un dulce valía un centavo pero qué dulces, grandotes y retorcidos, hechos con panela. En las panaderías hacían mucha repostería: cocadas, dulce de calabaza, camote. Los domingos nos daban diez centavos, ¿pero a dónde íbamos a ir?, Tlapacoyan estaba muerto, nada más tenía la calle principal.

EN TIEMPOS DE DON PORFIRIO

En tiempos de Don Porfirio Díaz, me contaban mi papá y mi suegro, que a los seis de la tarde nadie debía andar fuera de sus casas, a menos que tuviera un buen motivo, sino los arrestaban. Según dicen la educación era más estricta: iba el niño por un camino y si se encontraba con alguien tenía que saludarlo y besarle la mano, si no lo hacía esa persona agarraba una vara, que por cierto la mayoría siempre andaba cargando, y le pegaba a la criatura. Llegaba el niño a su casa llorando a su casa y le preguntaban:

-Por qué lloras, hijo.

-En el camino me encontré un señor y me pegó porque no le besé la mano
El papá o la mamá también agarraban su vara y le pegaban para que se educara.



Vida de las Congregaciones

Campesinos de Piedra Pintada, 1946

PERSONAJES TÍPICOS

GRAL. MANUEL ALBERTO FERRER Y CORZO

Nació en la entonces villa de Córdoba, el 19 de octubre de 1831, fueron sus padres Don Manuel Ferrer y Doña Andrea Corzo. Joven todavía se enlistó en la Guardia Nacional de Córdoba, de la que se separó al comienzo de la época de la intervención para servir en el ejército regular. Su arrojo, valor y sangre fría le conquistaron muy pronto la estimación de sus jefes. Ya con el grado de capitán, perteneciente a la Quinta División que mandaba el Gral. La llave, en 1863 tomó parte en la defensa de Puebla contra las tropas de Forey; al ser conducido prisionero, después de la caída de la plaza en manos del enemigo, se fugó como muchos de sus compañeros, desdeñando despojarse de su uniforme para hacerlo. Habiéndose negado al caer prisionero en Puebla, a semejanza de todos los demás prisioneros, a contraer compromiso alguno, volvió a tomar las armas para hacer la campaña de Barlovento, en la cual llegó a obtener el grado de Coronel de Caballería y el mando de una región.

En la campaña de Barlovento tomó parte en multitud de acciones de guerra, siendo las más sobresalientes la toma de Misantla, la defensa de Tlapacoyan y la ocupación de Tlacolulan en la que libró el combate de las Piletas contra una columna austriaca que destruyó; después en noviembre de 1865 bajo las órdenes del Gral. Ignacio Alatorre volvió a defender Tlapacoyan. Ferrer fue un infatigable revolucionario y patriota a prueba. En enero de 1865 combatió en Paso de Ovejas, en compañía de Manuel Cardel, comandante militar de ese lugar, estorbando a los imperialistas en la recaudación de impuestos y reclutamiento de fuerzas.

Es aquí cuando su figura adquiere caracteres de heroísmo. Le fue confiada la trinchera de Texcal, teniendo ciento veinte hombres a su mando, con ellos enfrentó a más de quinientos austriacos, haciendo gala de un valor espartano y de un heroísmo sin igual. El Coronel Ferrer murió disparando su revólver sobre el enemigo que ya pisaba los escombros de la trinchera.

A su muerte le fue concedido el grado de General como reconocimiento póstumo y el pueblo de Tlapacoyan le rindió en esa ocasión justo homenaje. En 1869 se dio principio a la construcción de la columna en honor de su memoria en el campo El Arenal donde se efectuó la batalla, ya que sus restos se encontraban en el templo parroquial. En 1870 se terminó su construcción y sus restos fueron depositados ahí junto con los demás que sucumbieron en la lucha. Actualmente se erigió una estatua del general Ferrer en el parque Luis Escobar Toledano, donde fueron depositados los restos del héroe muerto en el combate de 1865 en los días aciagos del imperio.

EN LA DEFENSA DE TLAPACOYAN

Junto con el General Manuel A. Ferrer y Corzo también murieron en la Batalla del 22 de noviembre de 1865 muchos patriotas anónimos y soldados pertenecientes a los batallones, ofrendando su vida en pro de la libertad de la ciudad: Coronel Manuel Andrade, Comandante Cenobio Rojano, Comandante Vicente Acuña, Comandante Antonio Amaro, Capitán López Limón, Capitán Juan Mejía, Capitán Pascual Arriaga, Capitán Bernabé Valdés, Subteniente Jiménez, Subteniente Rodríguez, Subteniente Antonio Ortega.

Con heroico valor aquí murieron
por la libertad de sus hermanos
los que nunca al Imperio se vendieron
peleando como dignos mexicanos.
Jamás su leal constancia desmintieron

ni su encono profundo a los tiranos
dejando en Tlapacoyan la memoria
que guardará en sus páginas la Historia. (Alcalde Manuel Mendoza)

LUIS ESCOBAR TOLEDANO: EL CONSTRUCTOR DE Tlapacoyan

Don Luis Escobar Toledano nació el 21 de junio de 1842 en el Barrio de El Carmen en Teziutlán, Puebla, sus padres fueron Don José Antonio Escobar y Doña Dolores Toledano. En su juventud trabajó de arriero por lo que frecuentaba la región de Tlapacoyan, luego se casó con Carmen Cardena, originaria de este lugar. Aquí se dedicó a la ordeña de leche en un establo que tenía en Itzapa. En 1875, siendo aún lechero, desempeñó el cargo de Alcalde Municipal y habiéndole tomado gran cariño a Tlapacoyan se convirtió en su fundamental constructor dejando su memoria en las siguientes obras:

Construyó el Palacio Municipal en 1890.

El túnel de Totoapa que conduce el agua a la ciudad, lo realizó del 21 de junio de 1886 al 21 de junio de 1888.

Introdujo el servicio de agua a la población el 5 de mayo de 1892.

Construyó el Cementerio Municipal "Panteón de Dolores" en 1906.

El puente viejo de Tomata en el año de 1886.

Construyó el rastro municipal.

El puente viejo en la calle Juárez y el puente nuevo en la calle Hidalgo.

También construyó la Capilla de El Cerrito -la antigua- y el Parque Central que lleva su nombre.

Mandó a empedrar las principales calles de la población y construyó la escuela que está atrás del Palacio Municipal.

Estas son las obras que realizó en varios periodos de su servicio al pueblo en un lapso de 20 años. Su última función como mandatario fue en 1907, a la edad de 65 años. La muerte le sorprendió el 18 de diciembre de 1917 en Tlapacoyan a los 75 años de edad. Un año antes le tocó presenciar como los revolucionarios incendiaron el Palacio Municipal que con tantos sacrificios había construido, donde se quemaron importantes documentos relacionados con la fundación de Tlapacoyan y todo el mobiliario de cedro y caoba que había en la sala municipal. Se dice que Don Luis lloró por todo lo destruido.

Don Luis Escobar fue un hombre de corazón fuerte, capaz de enfrentarse a todos los problemas que ocasiona la construcción de las obras. Fue el benefactor más grande del pueblo de Tlapacoyan.

PRESBITERO ELÍAS NÚÑEZ FUENTES

El padre Elías Núñez Fuentes, originario de la Unión de Tula, Jalisco, se recibió de sacerdote en el Seminario Diocesano de Teziutlán, Puebla y en 1956 llegó a Tlapacoyan.

Este presbítero vino a revolucionar la religión católica del pueblo de Tlapacoyan, porque en esos días estaba el párroco Francisco Ramos que era el cacique religioso de la ciudad. Para hacer su primera comunión los niños tenían que aprenderse el catecismo sin fallar y si no sabían persignarse no podían realizar ningún acto religioso, igual para los que querían casarse; entonces estaba crítica la situación religiosa por lo estricto del padre Ramos.

Llega el padre Elías y hace una revolución porque empieza a interesarse por el pueblo: forma la primera asociación juvenil ACJM y equipos de fútbol, bautiza y casa sin pedir todos los requerimientos religiosos, incluso efectúa estas ceremonias en las capillas de las congregaciones del municipio. Lo iban a ver a cualquier hora para que asistiera a un enfermo

o moribundo y él iba a donde fuera: rancherías, colonias, congregaciones, a donde se le necesitase. En sus íres y venires luego le decían:

-Padre, no se echa un traguito.

-¿Qué es hijo?

-Es aguardientito.

-Aver pásalo, nada más voltéense para allá, no me vean. Ah, canijo si es del morrocotudo.

Hacia las misas muy alegres, cantaba y decía cosas chuscas entre los sermones y todos estaban contentos con el padre Elías. Empezó a ver que en el pueblo había muchos niños desarrapados y en una misa anunció:

-Voy a formar una escuela que se va a llamar San Juan Bosco. Todo el que tenga hijos de seis años en adelante y no los haya mandado a la escuela que me los traiga, no voy a cobrar nada. También solicito tablitas, cajas, ladrillos y una persona que sepa leer y escribir para que me ayude a enseñarle a los niños.

Formó la escuela en la calle Cuauhtémoc y Valdés en una casa muy antigua de los señores Guidobro. Empezó con diez niños hasta llegar a casi doscientos, pero como el piso era de tabla con las correrías de los niños rechinaba muy feo, eso molestó a los vecinos del primer piso. El padre se dio cuenta que la casa no era adecuada para escuela. Una señora le donó el terreno donde construyó la escuela (actualmente sigue ahí), pero una parte estaba desnivelada así que anunció en la misa que todo el que tuviera escombro, caliche y piedras las fuera a tirar en su lote y por faenas se fue rellenando el suelo. En esos días llegó José Pelayo, primo del padre, y como sabía de albañilería se puso a edificar la escuela con ayuda de Jesús Quintero y otros dos muchachos.

A medio terminar pasó a todos los alumnos: eran 75 internos que dormían en una galera de lámina de cartón, había un comedor, la cocina administrada por Rosario Fuentes "Chayito", tía del padre. Qué haría el padre para conseguir la comida de todos los días para setenta y cinco alumnos que vivían en la escuela, sin cobrar un solo centavo vivíamos de limosnas. Llegaba en un camión:

-Aver los alumnos más grandes, vénganse y ayudenme a bajar la mercancía.

Eran bultos de maíz, frijol, huevos, fruta que almacenaban en una bodeguita, también traía gallinas y puercos. En otras ocasiones nos vestía y calzaba, además de darnos camas de campaña para dormir.

La escuela fue su primera obra, le llegaba material para construcción que ocupaba para la escuela y para su casa, ya que las Señoritas Mondragón le regalaron un lote en la calle Llave. Cuando estaba terminada la primera planta de la escuela con siete salones, un dormitorio, un comedor, una cocina, un dormitorio para las cocineras, una alberca y los baños, se le ocurrió hacer un asilo para ancianos en la calle Héroe: "Asilo María Auxiliadora". Para ese asilo contaba con la ayuda de un carpintero apodado Escorpión que le hacía los ataúdes para los ancianos que morían, luego pedía gratuito el permiso al Ayuntamiento para sepultarlos.

Hizo muchos beneficios para el pueblo de Tlapacoyan, fue tan revolucionario que todos los días salía con una cajita de sal de uvas a pedir limosna, se metía a las cantinas y bares:

-A ver hijitos, vengo a pedir para mis ancianitos, para mis niños y para mi casa. Échenle, échenle.

No faltaba un borrachillo que le decía:

-Yo le doy si se toma una conmigo.

-Me la tomo.

-Padre, yo le doy pero nos la cuereamos (jugar cubilete).

-De a cómo quieres jugar, de a peso o de a diez.

-Cómo usted quiera, Padre.

-Bueno, de a peso.

Jugaba de todo, comenzaba con del cubilete, luego el dominó y terminaba con las barajas.

Al final salía con su cajita llena de billetes y así se iba por todas las cantinas de la ciudad.

Yo era el encargado de llevarle su desayuno los domingos, no comía grandes platillos, su comida era muy sencilla: seis dobladas de frijoles refritos, un pedazo de dulce de calabaza o camote y dos vasos con leche, que por lo regular no se acababa:

-Hijo, se quieres cómelo, me decía.

Pero los monaguillos me ganaban la comida.

Se encontraba a los borrachitos:

-Padrecito, vengo crudo. Cúremela padrecito.

-Ay Pitima, tu no entiendes. Toma para que te la cures. Oye, me dijeron que ya no eres católico.

-Eso no es cierto, yo soy católico hasta la hernia.

No tenía automóvil, andaba en una bicicleta "búfalo" y donde quiera la dejaba, todo el mundo la agarraba, después aparecía en el curato o en la escuela. Un día le hicieron una broma, perdió su bicicleta y le dijo uno:

-Padre, perdió su bicicleta.

-Si hijo, no ha de tardar en aparecer.

-Si quiere saber dónde está yo lo llevó.

-Bueno, vamos.

Había una dama que le apodaban La Bicicleta porque le pedaleaba mucho a la vida galante.

-Padre, toque usted en esa puerta y pregunte por su bicicleta. Yo lo dejo porque tengo un compromisillo.

-De veras hijo.

Que toca la puerta.

-¿Quién?

-Yo, el padre Elías. Sabes que hija vengo por mi bicicleta.

-¿Su bicicleta?, si yo no soy de usted.

-¿Cómo?

-Es que a mí me dicen la bicicleta.

-Ahora ya entiendo la broma. Discúlpame hija, Dios te bendiga.

En la escuela nosotros nos llamábamos por apodos, en especial había un niño de aspecto muy triste al que le decíamos: Tristán Tristán. Un día el padre Elías nos formó a todos y nos dijo:

-La escuela parece una granja, ya nadie se llama por su nombre, qué es eso de Burro, Acalete, Negro, Caballo. Qué no ven que estamos en una institución, no quiero volver a oír un sólo apodo ni en la escuela ni en la calle. Queda estrictamente prohibido, entendieron.

-Si padre, contestamos todos.

Pero el patio estaba muy sucio y antes de romper filas ordenó el padre.

-Aver Tristán Tristán, el Bull Dog y el Negro a hacer el aseo.

El padre se quedó sorprendido y nosotros nos echamos a reír.

-Ya díganse como quieran, ya rompí el reglamento.

Estas son anécdotas de un padre que llegó al corazón del pueblo. Murió el 7 de diciembre de 1989 a los 65 años de edad, la gente no quiso que se sepultara en el panteón sino en un lugar de honor: en la Parroquia de la Asunción. Su velorio fue histórico para Tlapacoyan no había un alfiler en la iglesia. En las guardias estuvieron presentes todas las gentes del pueblo, empezando por sus teporochitos hasta los más acaudalados de la ciudad porque el padre Elías se quitaba la camisa por otro. Fue el benefactor del pueblo, el hombre humanitario que revolucionó a Tlapacoyan a quien le heredó ingenieros, funcionarios, licenciados y buenos padres de familia surgidos en lo que un día fue la mejor escuela de la región: Instituto San Juan Bosco. Descanse en paz

NAPOLEÓN

Constancio Miranda Ordóñez "Napoleón" fue un hombre fuera de serie: un hombre del pueblo. Llegó niño de una de las congregaciones, no se sabe cuál; vestía de regalado y dormía en los portales. Siempre andaba en la calle, fue muy servicial y era el mensajero que repartía esquelas, cartas o hacia mandados. Napoleón era de una confianza inmensa, muy discreto y educado, podían mandarlo con algún recado especial y no se lo contaba a nadie. Asistía mucho a la iglesia.

Un hombre de zapatos enormes que sabía todas las fechas cívicas y los acontecimientos de la ciudad de Tlapacoyan, a pesar de que nunca fue a la escuela. También se metía a todas las escuelas a visitar a los chamacos para hablarles del por qué se izaba la bandera o por que se le rendían honores a cierto héroe; además siempre desfilaba con alguna de esas escuelas.

A veces él decía: "quién me va a acompañar cuando me muera". Y cuando falleció en 1982 yo me encontraba en la Ciudad de Xalapa, me hablaron por teléfono para decirme: "Mira, no hay clases en las escuelas porque se murió una persona. La iglesia está llenísima, hay misa pontifical y van a sepultar a esa persona con banda de guerra y gran acompañamiento. Murió Napoleón."

Toda la gente del pueblo de Tlapacoyan, rica y pobre, lo acompañaron a su funeral. Napoleón fue un hombre típico de Tlapacoyan, tenía unos sesenta años cuando murió.

EL PADRE ELÍAS Y NAPOLEÓN

Napoleón era un hombre pobre pero muy servicial. Así le había apodado el Padre Elías, siempre andaba con él.

-Napoleón, vente para acá.

Y Napoleón se cargaba las canastas de despensa para llevarlos al asilo de ancianos.

Cuando alguno se caía o sufría de algo él corría a socorrerlo.

-Le pasa a usted algo, vamos con el Padre Elías.

Cuando murió tuvo mucho acompañamiento.

El Padre Elías fue un gran sacerdote humanitario. Cuando murió lo iban a sepultar en el panteón pero la gente se opuso y lo dejaron en la iglesia. El padre nunca quiso ser párroco, él siempre quiso ser sacerdote. A donde quiera que fuera llevaba una caja de sal de uvas y decía:

-Échenle, échenle para mis ancianitos.

Dejó construidas la Escuela San Juan Bosco y el Asilo de Ancianos María Auxiliadora, ambos aún funcionan. El Padre Elías quiso que cuando muriera lo pasearan por todo Tlapacoyan y así fue. Lo llevaron de su casa al asilo, de ahí a la escuela donde fue velado; luego se trajo a la iglesia donde se le ofició misa. Ese día estaba lluvioso pero había gran cantidad de personas que llenaban más de tres cuadras, todos querían despedirse de aquél hombre tan generoso. Hombres como el Padre Elías y Napoleón sólo una vez en Tlapacoyan.

GONZALITO

Gonzalito fue un maestro de Tlapacoyan, era un hombre que le apasionaban las matemáticas y le gustaba que lo pusieran a prueba.

-Gonzalito, dínos en diez kilos cuántas arrobos hay.

Y era tan práctico que lo resolvía rapidísimo. En cuestiones de política era audaz, también componía versos. Fue maestro de las familias más pudientes de la ciudad, aunque no tuvo universidad enseñaba muy bien.

CLEMENTE APARICIO

En La Palmilla en tiempos del agrarismo perdí a un amigo: Clemente Aparicio. Un hombre joven, muy honrado y trabajador, de poco hablar pero de mucha acción. Él fue quien tenía la bandera en las manos el 30 de octubre de 1975, día del zafarrancho, cuando él y sus compañeros se defendieron de los hombres mandados por los dueños de las tierras, después de que el gobierno se las había otorgado. Le quisieron arrebatar la bandera y él no se dejó. Ahí cayó por un pedazo de tierra.

OTROS HÉROES DE TLAPACOYAN: INCENDIO DE LA GASOLINERA

En 1957 se incendió la gasolinera de la ciudad que se encontraba en lo que hoy es la terminal de autobuses, pero gracias al esfuerzo de Amador García, Manuel Calderón, Froilán Cano y un servidor Jorge Benavides pudimos sofocar el incendio, por tal acción el Club de Leones de Teziutlán y las Autoridades de Tlapacoyan nos condecoraron como héroes, como hombres que supimos cooperar en el momento de mayor peligro.

Fue como a las ocho de la noche, la policía corría como loca por las calles gritándole a la gente que se saliera de la ciudad porque la gasolinera iba a estallar. Con arena y agua intentábamos sofocar el fuego, pero éste no cedía. Don Francisco Arámburo (dueño del cine) nos envió tres cajitas conteniendo cada una de ellas tres granadas de vidrio llenas de un líquido especial. Se me ocurrió echárselas a la pipa ardiendo, la primera me falló, la segunda casi cae dentro de la pipa. Algunos me gritaban:

-Benavides, Benavides como a diez centímetros y le atinas.

Arrojé la última esfera y cayó exactamente en la boca de la pipa, salió humo negro, como que se había apagado pero volvió a incendiarse. Era una pipa de ocho mil litros y tres más que estaban cerradas pero ya calientes y el agua no las enfriaba; pero aparte había un compartimiento o tanque subterráneo, ese era el peligro.

Yo nunca había visto un milagro y no me explicó lo que después sucedió: la pipa tenía una manguera conectada al tanque subterráneo, al estarla vaciando fue cuando se originó el incendio. Ya la pipa se estaba apagando pero esa manguera aún seguía quemándose. Entonces el empleado de la gasolinera Froilán Cano "Canito" alcanzó a aventarse para cerrar la llave de paso de la manguera e impedir que estallara el depósito de unos quince mil litros. De la manguera sólo quedaron los alambres carbonizados, ¿cómo fue posible que no estallara?, si eso hubiera sucedido de Tlapacoyan sólo quedarían recuerdos. Una señora, de la cual desconozco su nombre, estaba a media calle, hincada con una estampa de algún santo o virgen, reza y reza. No la paró nadie, decía: aquí nos morimos todos, pero aquí no hace el milagro.

PROFESORA ANDREA JIMÉNEZ CONDE

Fue una de las primeras profesoras que enseñó en Tlapacoyan, empezó dando clases en la escuela de Rosendita. Las autoridades del palacio municipal le propusieron que enseñara en una escuela que improvisaron junto al mismo palacio (hoy Escuela Héroes de Tlapacoyan). Luego la profesora fue llamada para la Hacienda El Jobo donde había muchos niños a quien enseñar. Después se abrió un Colegio en Tlapacoyan donde ella regresó a trabajar. Fue una mujer admirable, dedicada a sus trabajos y al conocimiento de la cultura. En su honor se construyó una escuela primaria que lleva su nombre.

MANUELA CHILARES

Hace años vivió una mujer que se llamaba Manuela Díaz, le apodaban Manuela Chilares. Ella sabía matar cochinos y no necesitaba de la ayuda de los hombres para hacerlo por muy

grande que estuviera el marrano.

-Orita en un rato lo mato.

-Y cómo le va a hacer, nosotros le ayudamos.

-No, hasta me van a estorbar, yo solita puedo.

Y de veras nada más agarraba al cochino por las orejas, se montaba en él y con las puras fuerzas de sus piernas no lo dejaba correr, le metía el cuchillo y listo. En cuanto componía al marrano.

Era una señora como de un metro noventa de altura, usaba falda de franela roja y siempre arrastraba las naguas. Vivía en esta calle del camino real a la salida de la Finca El Jobo.



Personajes típicos
Primer autobús en Tepicayán

En los caminos de la fe



SANTOS PATRONOS

LA VIRGEN DE LA ASUNCIÓN

La patrona de Tlapacoyan es Nuestra Señora de la Asunción, que se venera el 15 de agosto. Sin embargo la feria titular de Tlapacoyan es el 25 de julio en honor al Señor Santiago, esto se debe a la división de barrios; esta fiesta es más para el entretenimiento del pueblo que religiosa. A la Asunción nada más se le ofrece la misa y a San Pedro, que es el 29 de julio, no se le celebraba nada.

SAN JOAQUÍN

En El Jobo la fiesta patronal es en honor a San Joaquín, el 26 de julio. Años atrás los encargados se preparaban con tiempo y hacían un festejo muy bonito, en la capilla de la finca de El Jobo hacían la misa y en el atrio danzaban los matachines, los negritos y los santiagos. La capilla se adornaba con gladiolas, alcatraces y limonarias. Pero con el tiempo fue bajando la afluencia, hoy en día nada más se le hace la misa.

SAN ANTONIO DE PADUA

El 13 de julio es la fiesta de San Antonio, santo patrón de Tomata, a su fiesta viene gente de toda la región. Unos días antes se lo llevan a Tlapacoyan, ya que siempre personas de la ciudad piden ser sus padrinos, como es bien milagroso. Se lo llevan y allá lo visten, el mero día lo traemos en procesión con música y bastantes cuetes. Por la noche se hace la encamisada y el tradicional baile.

SAN IGNACIO

Hace como ocho años que se construyó en Pochotitan la capilla del lugar en honor a San Ignacio, porque el que donó el terreno se llamó Ignacio Lara. El 30 de julio le hacen su festejo, le traen mañanitas y se le celebra la misa. Pero no tiene mucho arraigo.

SAN ISIDRO LABRADOR Quita el agua y pon el sol

San Isidro es el santo patrón de esta congregación del mismo nombre, el 15 de mayo es su fiesta. Viene gente de todas partes, como es el patrón del agua le piden que las lluvias lleguen a tiempo y que no haya sequía. En la noche del 14 recorre en procesión toda la congregación, a las 6 de la mañana se le trae mañanitas y se oficia la misa. Después el pueblo sigue de fiesta, hubo años en que se trajo jaripeo, carreras de caballos, palo encabado y el baile que se ponía bueno. Ahora es feria de garnachas, tamales y la cantina que nunca falta.

FIESTAS Y FERIAS

FERIA TITULAR DE TLAPACOYAN SANTO PATRONO SEÑOR SANTIAGO

Esta feria se realiza el 25 de julio auspiciada por el Ayuntamiento del municipio. Años anteriores se paseaba en procesión al Señor Santiago, santo patrono del barrio del lado norte; hoy en día la feria se celebra para todo el municipio y es más una festividad para el esparcimiento de las familias tlapacoyenses que religiosa. A la feria llegan juegos mecánicos, se instalan puestos con dulces, antojitos mexicanos y juegos de azar; también se traen a diferentes grupos musicales y a artistas. Para esta feria se elige una reina que representara a todo el municipio, además que a través de esta feria se le da al municipio promoción turística, económica y cultural. En esos días Tlapacoyan recibe a todos los paisanos de las congregaciones y municipios vecinos.

FIESTAS DE MAYO

Las fiestas de mayo se hacían en la división de El Arco y Eytepequez, aquí en la Ermita Vieja, después hicieron el 10 de mayo en la iglesia nueva. Se ponían tianguis donde vendían raspados, cacahuates, nieve y tepache. En la noche quemaban fuegos artificiales, el torito y unos muñecotes que llamaban gigantes.

FERIA DE SAN ISIDRO

Dicen que en 1900 hacían la feria con corridas de toro, ahí en la casa del portal a mano derecha había un ruedo que utilizaban de plaza para torear; pero cuando paso la carretera federal tumbaron esa casa. También hacían la charloteada o montada de becerros. Antes hacían dos o cuatro bailes: dos el día de la víspera y el mero día otro; tocaban violín y guitarra. Por la noche se quemaban siete toros y se seguía con el baile, una vez vino a tocar la Orquesta La Estrella de Tlapacoyan.

DÍAS GUADALUPANOS

A partir del 2 de diciembre comienzan las primeras peregrinaciones al Cerrito de Guadalupe provenientes de las congregaciones y las rancherías del municipio. El 7 de diciembre, "Día del chofer", todos los automovilistas van al Cerrito para la bendición de sus vehículos. El 8 del mismo mes, "día del taxista", todos los taxistas recorren las principales calles de la ciudad de Tlapacoyan con sus autos adornados con globos y flores, llegan al Cerrito donde el padre bendice sus unidades. En la noche del 11 de diciembre arriban los antorchistas con el fuego bendito que traen de la Basílica de Guadalupe en México; algunos peregrinos van a esperarlos a Eytepequez otros hasta Teziutlán y caminando se traen el fuego hasta la iglesia. Pasada la medianoche se le ofrecen las mañanitas y se le oficia la misa; el mero día 12 de diciembre las familias tlapacoyenses llevan a sus hijos vestidos de inditos al Cerrito para su presentación a la Virgen de Guadalupe. En las afueras de la iglesia se hace gran romería: se venden dulces, comida (antojitos, tamales, atoles, pozole) y también venden imágenes de la virgen y de los santos. Esos días Tlapacoyan hierve de gente, revive.

ARQUITECTURA RELIGIOSA

PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN

El templo que todavía observamos en nuestros días, se inició en 1683 y su construcción tardó un buen tiempo, pues su arquitectura revela estilos de los siglos XVII y XVIII. Por orden del Padre Francisco Ramos el 24 de febrero de 1942 inició la construcción de una torre de gran semejanza con la torre de la catedral toledana y que concluyó en 1944, y que posteriormente fue bendecida por don Nicolás Corona, obispo de la Diócesis (David Ramírez Lavoignet).

"Se tiene noticias que en el siglo XVII llegaron los españoles a este lugar, se hicieron feudales y cobraban rentas a los indios, siendo el lugar donde hoy se encuentra el templo parroquial donde tenían una troje de semillas que recibían por rentas; en aquella época se construyó la iglesia en la que colocaron en su interior las imágenes del Señor Santiago y San Pedro, la primera en el costado norte y la otra en el costado sur, es decir, en los lados correspondientes a cada uno de los barrios, teniendo que valerse el sacerdote del medio de decir a los aborígenes que la iglesia correspondía, la mitad a los de un barrio y la mitad al otro."

EL CERRITO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Este edificio es una réplica de la antigua Villa de Guadalupe. En un principio era una capilla que mandó construir Don Luis Escobar en 1878. Posteriormente el Presbítero Francisco Ramos concluyó la construcción de la iglesia de Guadalupe a mediados de este siglo con la ayuda del pueblo, quien con cubetas y carretones relleno con tierra el terreno que hoy ocupa el atrio de la misma. En su interior se plasmaron frescos con motivos de la Virgen de Guadalupe y su aparición en el Cerro del Tepeyac y también en sus paredes ostenta óleos que representan apariciones de la Virgen. El lugar para su construcción fue escogido especialmente, ya que desde su altura dominaba buena parte de la panorámica de la ciudad, es sin duda alguna una belleza arquitectónica merecedora del aprecio del tlapacoyense.

LA CAPILLA DE LA EXHACIENDA EL JOBO

Nos contaban que la hacienda era como un pueblo, ahí se hacían las fiestas con peleas de gallos, corridas de toros y jaripeo. También se celebraba el Vía Crucis y los mismo habitantes de la comunidad formaban parte del elenco.

La capilla de la hacienda contaba con púlpito donde se daban los sermones, el piso era de ladrillo de cantera rosa, (hoy se encuentra bajo el nuevo mosaico). Los ventanales eran de madera con imágenes de la representación de Cristo; todavía conserva el atrio de cantera rosada: La capilla es de muy buena construcción, la cual, vista desde lejos, ofrece un aspecto agradable por las dos torres que la coronan (Antonio García Cubas). La capilla alberga a San Joaquín, Santa Ana, San Sebastián, El Sagrado Corazón de Jesús, San Nicolás, El Padre Jesús, La Virgen de la Candelaria, San Joaquín Chiquito, Santa Juanita, La Virgen de Guadalupe y San Antonio.

COSAS MILAGROSAS

LA VIRGEN DE FÁTIMA

La familia Peredo de Paixa tenía una niña paralítica, los mejores médicos la habían asistido pero no lograban sanarla. Los Peredo como buenos cristianos pidieron a la Virgen de Fátima les hiciera el milagro. Y así fue, unos doctores de la capital la operaron y pudo caminar. Entonces los señores Peredo decidieron donar una imagen de esa virgen a la Parroquia de Tlapacoyan. El cura les dijo que en Eytepequez habían levantado una iglesia en honor de la virgen. Ellos nos la donaron, la mandaron a hacer a Orizaba y en 1960 la trajimos para la iglesia.

APARICIÓN DE SAN JOAQUÍN

En tiempos que quemaban a los santos, Doña Victoria, una viejecita de El Jobo, supo que iban a venir por San Joaquín y quiso protegerlo. Cuatro señores trataron de llevarse al santo para esconderlo, pero no pudieron alzarlo; entonces la ancianita se metió a la iglesia, tendió su rebozo y se lo cargó. Lo llevó a esconder por Agua de Obispos, cuando pasó todo lo regresó a su lugar.

Doña Virginia Diez, dueña de la Hacienda, se lo llevó para Tlapacoyan, pero el santo se regresó y volvió a aparecer en el cerro y así lo hizo otras dos veces hasta que al final lo dejaron en la iglesia. Según cuenta Don Porfirio Reyes, San Joaquín apareció en ese cerro, estaba en una pinahuixtera muy fea, de ahí lo sacaron lleno de barro y lo llevaron a la iglesia. Eso sucedió como en el 1807.

LA VIRGEN DE LA CONCEPCIÓN

Dicen que un hombre el día de la quemazón de los santos, le tiraba de balazos a la Virgen de la Concepción, quería darle en las alas, pero nunca le atinó. Otro que se llamó Aurelio, hijo del jefe de la guerrilla de Hidalgo, se sacó el machete y comenzó a golpear el cuadro del Santo Entierro, que estaba cerca de la puerta principal, no pudo quebrar el cristal. Entonces empezó a temblar en la iglesia y todos salieron corriendo.



Los caminos de la fe

Territo de Guadalupe

Algo de literatura



CUENTOS

CURAR DE ESPANTO

Yo aprendí a curar del espanto nada más así, nadie me enseñó. Alguien se espanta o pierde su espíritu porque cuando duerme algo lo asusta o el mal aire lo agarra desprevenido. Entonces le roban el espíritu a esa persona y nada más se le va en dormir, pero sin comer y sin beber de seguro se muere. La persona que cura del espanto debe tener el alma fuerte y mucha voluntad.

Para sanarlo hay que ir a levantar su espíritu: a la persona enferma se le lleva a donde fue espantada; luego se le llama por su nombre y se le trae a varazos, golpeando el suelo y regañándolo por qué ha dejado a su cuerpo, qué no tenga miedo y que vuelva a su lugar. Así se trae a varazos hasta su casa y el enfermo tiene que caminar por delante y uno atrás arriándolo. Cuando llega a su casa el enfermo debe acostarse, se frota con los "espíritus de untar" y se le da a beber los "espíritus de tomar" (esos remedios se compran en la botica), después de eso bajo su cama se pone la vara con que fue arriado, una cruccita de flores y una botella de agua.

LOS DOS BUEYES

Mi abuela Carmen le tocó vivir en la época de Porfirio Díaz, decía que la gente estaba bastante pobre y que tenía trabajar desde muy de mañana hasta entrada la tarde.

Cierto día los yunteros se fueron a buscar a los bueyes para uncir la yunta. Se tenía la costumbre de picarle la cola al buey para que caminara; llegaron a donde estaban los bueyes y éstos hablaban:

-Oye, vámonos allá a la rinconada hasta donde está el montecito para que no nos encuentre el yuntero. Amí me duele mucho el rabo de tanto que me lo pican con la garrocha.

-Pos vámonos, le dijo el otro, pero de todas maneras nos van a encontrar.

Los yunteros estaban sorprendidos por la plática, sin embargo los trajeron de nuevo para la friega de la yunteada.

AUNQUE SEA EL HUMITO

Dicen que la señora quería poner su ofrenda de comida en el altar y no pudo porque su marido no le dio dinero para mercar. Así que nada más ofreció en su altar una jicarita con atole de masa y unas tortillas.

El hombre se fue a la leña, había unos palos de sangregado y se encaramó en uno de ellos porque vio una rama seca y la quiso cortar. Estaba arriba cuando oyó una averiguación que venía por la vereda. Quiso bajarse pero los árboles lo encerraron para que se diera cuenta que sus padres también venían en esa procesión. Todos iban gustosos cargando su comida y sus velas, hasta atrás vio a sus padres que llorando caminaban alumbrándose con un ocote, llevaban en sus manos la jicarita de atole y las tortillas.

Cuando terminaron de pasar aquellas ánimas se abrieron los árboles. El hombre se bajo corriendo, qué leña ni que nada, se fue para su casa y le dijo a su mujer:

-Vete a comprar un totole y las demás cosas de Todos Santos. Ahorita preparas la comida.

-Ya para qué, ya se fueron. Nomás vienen un día.

-No, tu hazlo para ver si todavía les llega aunque sea el humito.

EL SALTO DE EYTEPEQUEZ

En un rancho que tenía mi abuelo entre La Raya y Eytepequez había un salto de agua con una altura de quince metros, junto a ese salto entre las peñas había una cueva. Mi abuelo a veces se quedaba a dormir en esa cueva y se daba cuenta que los duendes venían a jugar en el chorro. Era un lugar de encanto, pero como él era de mucho valor, no tenía miedo y no le hacían nada.

Una vez que se llevó a un señor para que lo ayudara en la parcela, pero como el abuelo le gustaba el chupe se encontró con sus amigos y se quedó en el pueblo, olvidándose de su mozo. Éste permaneció en la cueva, ya entrada la noche vio a unos chiquillos que jugaban en el salto alumbrados por la luna llena. Pensó que eran los niños que vivían en una casa cercana.

Al otro día llegó el abuelo y el señor le platicó lo que había visto:

- Anoche vinieron unos niños a jugar en el salto.
 - Así, no fueron niños, eran los duendes que siempre juegan aquí.
- Esos duendes todavía viven entre las peñas.

UN MAL AIRE

Cierta noche regresaba de ver a una novia, ya era tarde y yo vivía allá por el Arenal. Había luna y en la esquina del semáforo (en el parque) alcancé a ver a una mujer de pelo largo que se cubría con una toalla, y salía de una casa:

- Será esta fulana o alguna amorosa.

La empecé a seguir no lo pensé dos veces. Al llegar a una bajada sentí que ya la alcanzaba, faltarian unos ochos pasos, pero inmediatamente la veía como a quince. Eso me lo hizo como tres veces; la observé con detenimiento y vi que iba en el aire. Me di la media vuelta y regresé a mi casa. Al otro día le platicué a mi abuelita lo sucedido:

- Condenado hijo, pa' qué la sigues.
- Ay mamá, uno ya es grande y pensé que se iba a bañar, además hacia calor. Me llevó a las afueras del pueblo, casi llegando a Los Pocitos.
- Qué bueno que te regresaste, si no ya te andaría buscando, ¿quién sabe dónde?.
- Por eso dejé mi ropa y mi sombrero aquí afuera, porque podría traer un viento y pegarte a usted un mal aire.

EL FRAILE

En la escuela primaria de El Jobo se realizaban las funciones de cine y muchos no tenían dinero para la entrada, por lo que rendijeban desde afuera. Una vez a un muchacho se le apareció un espanto: cuando estaba viendo la película sintió que alguien le dio de palmadas en el hombro, volteó y vio a un hombre encapuchado todo de negro con una capa igualmente negra. Ese espectro le dijo que le iba a dar dinero, pero el muchacho no aguantó y del susto le dio vómito y se mareó. Así enfermo se fue para su casa y de ese espanto se murió. Dicen que era el fantasma del dueño de la hacienda.

LOS TRES GRITOS DE LA LLORONA

Mi patrón se fue al pueblo y me dejó cuidando a sus hermanas. Por la noche estábamos descansando y platicábamos sobre la llorona.

- Qué va a ser cierto, eso no es verdad. Dije.
- Ya verás, ya verás, me contestaron, ven con nosotras y compruébalo.

Era noche de luna, cruzamos un pedazo de huerta hasta llegar a un pozo donde lavaban las mujeres.

-Escucha, ya pegó el primer grito.

Híjole, ese grito es increíble, se siente que se mete hasta dentro del cuerpo.

Nos escondimos en una lomita desde donde podíamos ver el pozo, ellas fumaban.

-Mira asómate, me dijo una de ellas.

Vi una mujer lavando, le busqué movimiento en las rodillas y no vi nada. Estábamos en esa contemplación cuando vimos que se elevó, pegó un grito y salimos corriendo.

-¿Verdad qué no creías en la llorona?

-Ahorita sí, ya creo.

Más allá del río había una hondonada.

-Allá va a dar otro grito y lo vas a sentir como si la tuvieras junto a ti.

Y así fue.

EL PATRÓN DE LA HACIENDA

La Finca El Jobo tiene sus historias, la abuela Carmen nos contaba que los dueños de esta hacienda tenían pacto con el demonio, allá por 1910. Tal vez resultaron ciertas esas historias y quizás todavía existen.

Hace unos días durante los trabajos de introducción del agua potable de Martínez de la Torre a San Rafael, los choferes se quedaban a cuidar las máquinas. Pero todos las noches los venía a molestar una visión, dicen que era el patrón de la Hacienda: prendían las luces y veían que era un hombre a caballo fumando su purito.

Entonces decidieron mover su campamento y lo levantaron en la Cruz Verde, ahí estuvieron por un tiempo hasta que volvió a aparecerles esa visión. Movieron otra vez su campamento aquí enfrente del molino, pero el patrón los vino siguiendo y todas las noches los molestaba, pero nunca les dijo nada, simplemente se ponía entre las máquinas. Espantados se volvieron a cambiar de lugar, un poco más abajo y como ahí hay luz eléctrica ya no los volvió a molestar el patrón de la Hacienda.

MI ABUELA Y LOS DUENDES

De niño viví con mis abuelitos, en su casa no tenían baño y había que salir al patio. Una noche me dice mi abuelita:

-Hijo, estás despierto.

-Sí, amá.

-Pos, vente.

Prendió un cigarrito, lo hacía de hoja de totemoxtle y tabaco picado, no era que tuviera vicio, sino para un mal aire. Ella se sentó bajo un árbol.

-Hijo no te espantes, mira hacia el cocuite.

Estaban unos niños jugando en el columpio, se subían al cocuite y brincaban. Mi abuela llevaba consigo un garrote, siempre por precaución. Vimos que allá venían jugando acordonaditos, unos alzando el pie, otros brincando. Cuando iban pasando junto a nosotros mi abuela se levantó enojada diciéndoles picardías.

-Hijos de... yo les voy a enseñar que no me anden espantando.

Y les lanzó el leño. Los chiquillos rapidito se pasaron para la calle y ya no los vimos.

LA MUJER DEL ÁRBOL

Dicen que aquella mujer lloraba detrás de un árbol. Mi papá y mi tío la escucharon, fueron hacia ella, vieron que tenía el pelo largo y llevaba un vestido blanco. Trataron de verte la

cara para saber quien era, pero ella la ocultaba. De pronto ella volvió el rostro y vieron que era de caballo, luego dio un grito y se fue dejando un olor a chivo.

LAS CRUCES

Para ir a Teziutlán subíamos por unas veredas, todavía no existía la carretera. Dicen que por estos montes chillaba la malora ya muy entrada la noche; entonces la gente colocaba cruces en la calle, en los caminos y en sus casas para que no se la encontraran por el camino y los espantara con su cara de caballo.

EN LA CASCADA DE TOMATA

Hace muchos años, cuando todavía no construían el puente viejo, la gente pasaba el río sobre sus bestias. Una vez un señor iba a atravesar el río en su yegua, pero como el río estaba crecido se lo jaló la corriente y fue a caer en la cascada. No sé que santo le ayudó, se safó de la yegua y nadando llegó a una isleta dentro del mismo cañón. La yegua siguió hacia abajo pero como el río se pierde entre las rocas, ahí se atoró. Era imposible que salieran, empezó a gritar sin que nadie lo oyera. Pasó la noche allá abajo. Al otro día volvió a pedir socorro, alguien lo escuchó y pudieron sacarlo, después buscaron más abajo y sacaron a la yegua. Cuando la yegua puso pie en tierra firme pegó un relincho de alegría. Luego ese señor se fue a Jalacingo para agradecerle al Padre Jesús por su protección.

PACTO CON EL DIABLO

Tlapacoyan y Martínez de la Torre se surtían de reses para la matanza de las dos haciendas La Palmilla y El Jobo. Llegaba el tiempo en que el ganado se terminaba y los achicaderos estaban ralitos. Entonces a media noche, según contaba la abuela Carmen, se paraba el patrón, Don Juan Díez Bautista, salía por el zaguán grande por donde estaban los potreros, para allá se iba el patrón a pitar el cuerno. Las mujeres se despertaban en la noche, como no se cansaban tanto como los hombres, y decían:

-Oye viejo, el patrón 'ta pitando el cuerno, a quién le pitará el cuerno ahorita. Qué a poco le va dar sal al ganado.

-No, mujer, el patrón 'ta loco. Contestaba el marido.

El patrón pitaba el cuerno porque en ese momento llamaba al diablo y tenía contacto con él. Al otro día cuando los peones iban a su trabajo se sorprendían porque los potreros estaban llenos de ganado.

EL HOMBRE DEL PURO

Un hombre andaba de enamorado en Pochotitan, cierta noche venía por el camino de Texcal cuando vio la sombra de uno que sentado en una piedra fumaba un puro. Le dieron ganas de fumar y cuando paso junto a él sacó su cigarro y le dijo:

-Me permite su puro.

Esa sombra no le contestó pero le dio el puro.

-Gracias, ahorita nos vemos, no voy tardar.

No le dijo nada. El hombre se fue a ver a su novia y bajó como a las doce de la noche y al pasar por donde había visto la sombra ya no estaba.

-Este cuate ya se fue.

Y siguió su camino para Martínez de la Torre.

A los quince días volvió a venir, pasó por el mismo lugar buscando a aquél hombre pero no estaba. De regreso vio que en la cumbre estaba esa sombra fumando. Pensó:

-Este amigo a de estar esperando a su novia, por eso no me quiere hablar para que no lo reconozca, pero ya es muy noche. Agarró y él dijo:

-Oye, permíteme tu puro, tengo ganas de fumar.

La sombra se lo dio, pero no habló.

-Está muy fresca la noche, ¿dónde vives?.

No le contestó y el hombre preocupado siguió su camino.

Para salir de la duda sobre la incógnita de ese hombre le preguntó a un amigo que tenía también en Pochotitan:

-¿Quién es ese que cuando paso a media noche está sentado en la cumbre del Texcal?.

-Es el Diablo, ahí aparece, le contestó su amigo.

-Pero yo no siento miedo.

-Allá tú.

Entonces le entró más la curiosidad y una noche se vino a propósito para verlo. Cuando llegó al lugar no había nadie, se sentó en la piedra a esperarlo. Después de un rato alguien le dijo al oído:

-Sigue tu camino a donde vas, no me estorbes.

Entonces se dijo:

-Sí es el Diablo.

Se fue corriendo, todavía volteó y pudo ver a la sombra sentada en la piedra fumando el puro: ¿a quién estaría esperando?.

LA PEDRERA

En la pedrera de El Arco dicen los que trabajan ahí que en la noche ven un bulto sentado en una piedra y que los llama. Ahí espantan, dicen que se aparece el diablo en persona.

LA MUJER DE EL POZO

A Juan Melgarejo lo mandaba su tía al agua a media noche, le cargaba dos botes de chile y se iba al pozo. A veces se encontraba a un perro grandote que echaba lumbre por el hocico y tenía los ojos rojos. Le daba miedo pero se aguantaba.

Una noche que fue al agua vio a una mujer que estaba lavando duro y duro, tenía bastante espuma de jabón sobre el agua y harta ropa blanca tendida. Pensó que era Doña Mariquita y que se le arrima, le dice:

-Pero Mariquita, qué hace usted aquí solita lavando de noche.

Y que cuando la señora volteó le vio semejante carota de caballo. Que se espanta y arranca a correr para su casa, cuando llegó le contó a su tía lo sucedido y ella todavía le dio una cueriza bien buena.

NUEZ BUENA

Eran dos vendedores, uno de papa y otro de nuez, tenían sus puestos juntos:

-Papa buena, decía uno.

-Nuez buena, nuez buena, anunciaba el otro.

Así estuvieron un buen rato hasta que el vendedor de papa replicó:

-Porque dices que mi papa no es buena.

-Yo no he dicho tal cosa. Tu vendes papa y yo estoy vendiendo nuez, por eso digo: nuez buena, nuez buena.

JALARLE LA COLA AL DIABLO

Me contó mi tía Porfiria que una vez vino al pueblo y a medio camino se le apareció una naquita vestida de blanco con collares y pulseras relucientes, con sus trenzas enrolladas sobre su cabeza. Ella se asustó cuando le habló y le dijo:

-No tengas miedo, dijo, ven te voy a enseñar algo.

Y dice que a la orilla del camino había un cocuite y ahí le señaló.

-Mira, aquí abajo hay un tesoro y es para ti.

Sintió que se le enchinaba toda la piel y quedó muda. Se fue corriendo hasta el pueblo y llegó con unos compadres que al verla tan pálida y asustada le preguntaron que le había pasado, ella les contó todo. La comadre le dio a beber aguardiente para el susto.

Regreso a su casa y se lo contó también a su marido:

-Si ya te lo dio hay que sacarlo, le contestó su señor

Y como tenían miedo de ir solos invitaron a los compadres. Se pusieron de acuerdo, iban a llevar cosas contra el mal aire; aguardiente, petróleo, tabaco y un candil.

Aquella noche los hombres se pusieron a excavar y ellas los miraban desde la orilla del camino. Después de tres horas de cavar dio la media noche, cuando llevaban una profundidad de un metro se escuchó como la pala golpeó una laja, se oyó hueco y tintineante.

-Ya llegamos, dijeron.

Iban a quitar aquella laja cuando al compadre se le ocurrió decir:

-Ay compadre con la parte que me toca, con eso voy a poner una tienda en Teziutlán y mequito de jalarle la cola al diablo.

Nada más termino de hablar corrió un aire y les apagó el candil. Se escuchó como se sumía el dinero, aquello se fue y los compadres quedaron enterrados hasta la cintura.

EN LA LOMA DE EL JOBO

Cuando era chiquillo vivíamos en la mera Loma de El Jobo. Una noche Pascual Valera, un señor que trabajaba para mi papá, llegó a decirte:

-Pedro, dame permiso que me acueste aquí en el corredor. No vayas a prender la luz, me acaba de espantar una puerca allá abajo. Vamos temprano por ella, llévate un costal para juntar los pedazos de la puerca.

Al otro día se fueron a buscarla, pero no había nada.

-Vamos a esperar a que amanezca, tiene que estar por aquí, si bien que sonaban los machetazos y la puerca chillaba.

Nunca encontraron a la puerca ni siquiera había rastros de sangre.

Sucedió después que a otras personas las espantaba un perro que echaba lumbre por el hocico, intentaban darle de machetazos pero no le atinaban. Abajito de la loma hay unos paredones viejos, ahí fue un campo santo, cuando llegamos a vivir nada más quedaron las señas de lo que fue. Mi papá y otros señores se encargaban de matar a las arrieras (cierto tipo de hormiga), entonces tenían que excavar en la tierra para encontrar su nido, hacían hoyos grandes de donde sacaban osamentas: calaveras, huesos. Quizás dejó de funcionar como cementerio porque la carretera federal paso a la mitad de la loma, por eso espantan.

CÓMO TE QUEDÓ LA MUERTE

Eran dos panaderos que se habían acabado su dinero y no tenían ni para comer, se fueron a sentar al parque y estaban platicando cuando paso un policía que los escuchó:

-Oye tu, cómo te quedó la muerte que hiciste.

-Me quedó mal, dijo el otro.

Al oír esto el policía se los llevó a la cárcel. Los dos panaderos nada dijeron y gustosos se quedaron en la celda:

-Dicen que aquí dan de comer bien bueno.

-Vamos a comer, ya mañana veremos que pasa.

Al otro día los presentaron ante el señor juez.

-A ver, cómo que hiciste mal esa muerte, qué te falló.

-Mire señor juez, yo soy panadero y me mandaron a que hiciera una muerte de pan, pero me salió mal.

-No, a mí no me engañas, tu mataste a alguien.

- No, yo soy panadero. Se lo juro.
- A ver que traigan al otro, dijo es juez.
- Trajeron al otro panadero y también lo interrogó.
- Tú cómo hiciste la muerte.
- Me salió como la querian y muy sabrosa. De lo demás no sé.
- Entonces no mataron a nadie, preguntó el juez ya enojado.
- Para nada señor juez, nosotros somos panaderos.
- Sáquenlos, ya que se vayan -dijo el juez- nada más que barran el patio y que se vayan.
- Eso lo hicieron nada más para comer.

UN COLGADITO

El 10 de mayo es la festividad del pueblo: la fiesta de las cruces. Hay encamisada y peregrinación. La fiesta se ponía buena, de tan buena que una vez ahorcamos a uno. Era un borrachito, pero para que no estuviera dando lata lo amarramos del palo de un colgadizo y nos fuimos al baile. El borrachito comenzó a bajarse y moverse hasta que uno de los lazos se le pasó al cuello, cuando volvimos por él ya estaba bien peluqueado (muerto).

LA MUJER DEL CAMINO

Mi suegro iba a un baile por el campo de fútbol de Eytepequez, había salido a escondidas porque su papá no lo dejaba ir. Escuchó unos llantos a lo lejos y al poco tiempo vio a una mujer que caminaba delante de él. La fue siguiendo y la mujer se salió de pronto del camino real pasando los alambrados, nada más escuchó como rechinaban. Aquella mujer desapareció. Mi suegro se enmudeció, corrió a donde iba a ser el baile y no había nada. Dicen que a la llorona no la recibe Dios, por eso pena.

LA MUJER TRISTE

Un día me fui a lavar al pozo y ahí se me apareció la llorona, pero no le tuve miedo porque sentí que ella estaba triste. Lavaba cuando oí unos gritos y vi a una mujer que venía hacia mí:

-¿Quién sabe que le pasa, andará perdida.
Me agaché para seguir lavando, ella se me acercó y me dijo:

- Seño...
- Mande, le contesté.
- Perdí a mi niño, yo tenía un hijo pero lo perdí.
- ¿Cómo lo va perder?, grítele para que la escuche.
- No, ya no me escucha.

Era muy simpática con una cara bonita, blanca y de pelo largo.

-¿Usted sabe dónde está?.

-No, pero búsquelo ahí donde lo dejó, ¿cómo se llama el niño?. Grite usted quien quite y la oye.

-No, ya me cansé. Mejor me voy.

Y se fue, desapareció. Después me agarró borrachera. Yo tuve la culpa porque la estuve viendo.

EL FALSO ESPANTO

Juan Rivera, mi padre, nos contaba como se hacían los espantos. Había hombres audaces como los dueños de la finca que ideaban trucos o engaños para espantar a la gente de este lugar. A una olla de barro le hacían dos agujeros para los ojos y otro en forma de boca, luego desvenaban un chile ancho y con eso tapaban los orificios, dentro de la olla ponían una vela encendida, cuidando que no se apagara, con esa luz se podía ver el reflejo rojo de los chiles. Entonces el camino real que subía a Teziutlán estaba montudo, en una rama de naranjo

colgaban esa olla y con un palito la empujaban. Claro que quien pasara por ese lugar al ver aquello se espantaban, creían ver al mismo diablo, salían corriendo y dejaban tiradas todas sus pertenencias. De esa manera robaban a los caminantes y el patrón estaba de acuerdo.

LOS DUENDES DE "LAS ESCALERAS"

Dicen que en un lugar llamado "Las Escaleras" salen los duendes. Una tarde fui a la leña con mis hijos cuando escuchamos que venían platicando unos niños, allá lejos. Les dije a mis hijos:

-Vámonos, éstos no son niños buenos.

Nos fuimos corriendo y ya que estábamos un poco lejos pusimos en tierra nuestros rollitos de leña para descansar. De ahí los vimos, nada más llegaron a un pozo: eran chiquitos, muy averiguadores, vestían de camisitas blancas y se veía que llevaban algo amarrado a su cintura, serían sus calzones, quien sabe, pues dentro de la maleza nada más les veíamos medio cuerpo. Eran niños de un sólo tamaño, como de tres años y platicaban entre ellos. Nos venimos a toda prisa, esos no eran leñeros ni nada bueno. Llegamos a la casa ya oscureciendo.

LA MUJER DEL SALTO

Mi papá andaba de enamorado con una señora, Manuela Díaz, con la que se citó una noche allá en el Salto. Cuando llegó mi papá vio a una mujer que se estaba bañando y pensó que era Manuela.

-Ah, ya te adelantaste.

Ella no le contestó, pero cuando le dio la cara la tenía de caballo. Eso le pasó por andar de malora.

El pozo de El Salto en el día era ocupado por las mujeres y en la noche por los hombres. Ramón Hernández llegó a bañarse y se le apareció una muchacha hermosa que le habló.

-¿Qué haces?. Le preguntó ella.

-Vine a bañarme.

Entonces él se apenó y se puso la ropa.

-Mira, yo estoy encantada y quiero que te cases conmigo, sólo así puedo liberarme de este encanto. Si aceptas te entregaré mucho dinero, no sabes la fortuna que tengo en oro.

Ramón después de pensarlo un poco le contestó.

-Bueno, acepto. Vámonos.

Ellos se vinieron por el camino, pero en el trayecto Ramón pensó que no era correcto casarse nada más así, sólo por conveniencia.

-No, ya no quiero casarme, estoy muy joven.

Él creía que era una muchacha de por ahí y que le estaba jugando una broma pero luego sintió que ya no era cosa normal. En un descuido cuando volteó la muchacha ya no estaba.

LOS DUENDES

Fui a andar por la huerta y escuché las voces de unos niños pero nunca los vi. Luego oí que pujaban por otro lado, como las palomas pujadoras, me iba a buscarlos y ya pujaban por otro lugar. Seguí escuchando las voces de esos chiquitillos que andaban platicando. No son niños, me dijo un pariente, son los duendes; cómprate un puñado de dulces de esos de diez centavos y se los vas a repartir pero les dices: aquí están los dulces, ya no me estén dando lata. Con eso dejaran de molestarte. De verás, les llevé los dulces tal como me dijo mi pariente, nunca más los volví a escuchar. Santo remedio.

LA MULA

En el terreno que hoy ocupa el campo deportivo de Eytepequez era un paradero de ganado, por ahí lo subían a Teziutlán, una noche de luna se encontraban platicando dos hombres cuando oyeron que venía una mula troteando por el camino real, sonaban sus cascotes como las galletas en las latas. Lo extraño fue que no pasó por donde ellos estaban si clarito se escuchó que allá venía. Al ver que no llegaba salieron corriendo espantados. A de haber sido algún espíritu maligno.

LA NAQUITA

Una tarde Doña Victoria venía por un camino rumbo a mi casa cuando junto a un guanábano vio a una naquita que la llamaba.

-Ven, te voy a entregar el tesoro que tengo, ando pensando por eso. Quiero a una persona noble de espíritu, como tú, que sepa guardar ese dinero.

Doña Victoria se espantó y llegando a mi casa se desmayó, echaba espuma por la boca. Mi abuela luego le hizo los remedios contra el mal aire. La señora se salvó.

Quince años después mi hermana, que también se llamaba Victoria, salió al baño, ya regresaba para la casa cuando se le apareció la misma visión. De la impresión se desmayó, corrimos a auxiliarla y pensamos que por su debilidad se había desmayado. La llevamos al doctor y ya recuperada nos contó todo.

-Vi una naquita y me llamaba, me decía: Ven no tengas miedo, tú eres la elegida. Tú eres la que andaba buscando. No tengas miedo, ven. Pero no aguante y me desmayé.

Según decían mis padres que por la casa hay un tesoro, que por eso aparece la Naquita. Hay personas que dicen: yo quisiera que me hablara, a mí no me hace nada. Pero a ellos no les habla y los elegidos no aguantan la fuerza de esa visión. Esa naca anda por aquí buscando a la persona de espíritu noble

LOS DUENDES DE EL PEÑÓN

Andaba buscando leña y vi a unos niños que platican y como también era chiquillo, me empezaron a llamar y que me llevan: caminaban platicando entre sí y yo iba en seguimiento de sus pláticas, pero nunca les pude ver sus caras.

Así los fui siguiendo embobado con su plática hasta un lugar que le llaman El Peñón, ahí me bajaron a media peña como a unos ciento cincuenta metros. Comencé a volver en sí y me di cuenta de donde me habían dejado, como pude escalé la pared de la peña, sujetándome de los bejucos. Cuando llegue arriba me asomé por el filo de la peña y vi que estaba bien alto, Dios quiso que no me pasara nada.

Recuerdo que nunca los pude alcanzar, yo sentía que iba en el aire. Eran unos niños vestidos de varios colores, unos eran negritos, güeritos y chinitos. Son como aire, platican entre ellos y hacen que la persona que los vea se quede muda. Ese día hasta de la leña me olvidé.

EL PERRO

Abajo de la escuela primaria de El Jobo había una carreterita vieja, a sus lados había puras huertas. Ese lugar era muy mentado para eso de los espantos, decían que el fraile ahí se aparecía. También por ese rumbo estaba la casa de los señores Franco, ellos hacían panela y a las diez de la noche sacaban la panela de la vaporadora, a esa hora íbamos a traerlo pues rapidito se acababa.

Una noche me mandaron por la panela, iba caminando cuando me salió un perro y pensé que era el de mi tío, le dije.

-Duque, aquí andas. ¿Qué estás haciendo?.

Pero al acariciarlo sentí que estaba frío como hielo y al verle su cara vi sus ojos relampagueantes como brazotas. Lo único que hice fue rezar La Magnífica.

EL CHARRO

En aquel entonces decían que la malhora venía a gritar a los aguajes de Tomata, se oían los gritos muy lejos allá por Huaxta. También hubo un hombre que asaltaba los caminos y el dinero que robaba lo cargaba en una mulas, costales repletos de puro siete veinte. Le decían el charro, luego ya muerto andaba penando, nos contaba don Nicolás Colio: se oía que pasaba a caballo como alma que lleva el diablo.

En el rancho de mi papá el charro le habló a uno de los mozos diciéndole que fuera a sacar cuatro barriles llenos de dinero, era medio día. El mozo se murió al mes pero le dejó contado todo a mi papá. El tesoro estaba bajo una piedra que como señal tenía dibujados una barreta y una pico. Mi papá contrató a unos mineros de la Aurora y comenzaron a excavar, ya iban dándole al tesoro cuando éstos le dijeron a mi papá que tenía que compartir el dinero con ellos. La envidia se hizo presente, entonces dicen que nada más oyeron un trancazo y el tesoro se fue.

Un señor le dijo a mi papá que el dinero no se iba, nada más se cambiaba de lugar. Empezó a cavar en otro lugar cerca del primero pero nada encontró. Ahí tiro mucho billete, se acabó su riqueza. Después enfermó y murió de la tristeza.

EL TESORO DE LA FINCA

Un señor venía de Tlapacoyan caminando a toda carretera federal y en La Loma de El Jobo se le apareció un perro pero no le hizo nada y paso de largo. El perro lo siguió.

-Perro, quitate.

De momento ya no era perro sino un fantasma tipo fraile y le dijo.

-Varios me han tenido miedo, a todo el que sigo sale corriendo. Tú no, por eso quiero entregarte algo que está en la finca.

Se fueron rumbo a la finca y antes de llegar al crucero sintió que se le enchinó la piel y hasta la borrachera se le bajó. Lo que hizo fue decirte que mejor volverían a verse dentro de ocho días. Después del tiempo señalado volvió a pasar por ese lugar, pero no había nada.

Según creencias de nuestros antepasados decían un día por decir una año, así que el hombre tenía que regresar a los ocho años. El señor se fue y dijo que volvería a ese tiempo. Nunca volvió. A esa visión la describió como un fraile porque iba vestido con una sotana negra. Al último le dio miedo porque ese fraile iba volando, ya no quiso seguirlo.

EL CIENTO POR UNO

El padrecito había dicho en la misa que todo aquella persona que diera limosna a la iglesia, Dios lo premiaría dándole el ciento por uno. Uno de sus feligreses se quedó muy pensativo con la arenga del padre. Al otro día contento y afanado le dijo a su mujer.

-Oye vieja, voy a dar de limosna la vaca, Dios nos dará el ciento por uno.

-Tu estás loco, replicó su mujer.

-Pero el padrecito dijo que él que llevé una prenda le dará el ciento por uno.

-Has lo que quieras, le contestó enojada.

Que le lleva la vaquita al padrecito, por cierto ella era toda su riqueza.

-Aquí le traigo la vaca para que Dios me dé el ciento por uno.

-Está bien, llévala al potrero.

Días después el hombre estaba triste porque se había desprendido de la vaca. Y sucedió que la vaca estaba alborotada, andando en el potrero todos los toros empezaron a seguirla, tantos que el potrero se llenó.

Tempranito llegó el sacristán a decirle al padrecito que había aumentado el ganado y no sabía por qué.

-Milagros de Dios, hijo.

Tiempo después el dueño de la vaca vino a ver al padrecito.

-Buenos días señor cura. Vengo por el ganado.

-De qué ganado me hablas, hijo.

-Usted dijo en la misa que el que diera un animalito Dios lo recompensaría con un ciento. El ganado es mío.

El padre se rió de aquel atrevimiento, explicándole al hombre que la recompensa de Dios no era terrenal sino celestial.

NIEVE DE LIMÓN

Había un sacerdote que estaba celebrando misa, pero cuando llegó al pasaje de la Biblia donde dice:

-Y le dieron de beber.

En ese momento pasa un nevero y responde:

-Nieve de limón.

-Cállate hablador, contestó el padre.

LA BRUJA

Me contaba la abuela Carmen que la bruja se montaba en una escoba y se iba a volar. ¿Cómo será eso?.

Una noche me fui de pesca con unos amigos a La Palmilla, en lo que hoy es la finca La Palmilla hacia abajo. Por ahí fuimos a pescar. De repente se alza una luz, como lumbre, y se veía bien la figura de una mujer con su gorrito.

-Miren, la bruja, les dije a los demás.

-Ontá, ontá, contestaron.

-Allá en lo clarito, vean aquella luminaria.

-Oye de veras, es la bruja, dijo Pedro Santiago, va montada en su escoba.

Esa mentada brujita salió de San Javier, se elevó unos ciento cincuenta metros y fue a caer en unos paredones viejos de la ex hacienda. Bien que se veía su escoba.

LA MUCHACHA

Un día mi papá y mi mamá bajaron al pueblo acompañados de un cuñado nuestro, Enrique Ronquillo. En el camino se les apareció una mujer y este Enrique que la sigue.

_Yo voy a ver a esa mujer.

Al seguirla nada más de repente ella se elevaba, se iba y volvía a tocar el suelo.

LA CANCIÓN DE LOS DUENDES

Un señor andaba allá por Tamolotes, un lugar hostil con muchas peñas y árboles con una raíces muy grandes. Iba caminando y oyó cantar a unos niños:

-Lunes y martes, miércoles tres.

Agarra él y les contesta.

-Jueves y viernes, sábado seis.

Algo de literatura

Para qué lo dijo, esos niños lo arrastraron y lo fueron a atipujar entre las raíces. Al otro día mi papá y la guerrilla de Napoala fueron a buscarlo, lo encontraron metido en una raíz, estaba todo arañado y como loquito. Entonces Doña Juana Amable buscó copal y yerbas contra el mal aire, lo barrió con esas yerbas y lo frotó con aguardiente para que sudara. Y revivió el condenado.

Tiempo después nos platicó que eran bastantes chiquitillos y que nada más porque los arremedó lo metieron entre las raíces y le soplaban aire a la cara. Esos no eran niños, eran los duendes.

TEMBLANDO DE MIEDO

Cuando todavía no había alumbrado público decían que un charro con sombrero y a caballo se aparecía en las calles de Tomata. Mis abuelitos contaban que en la casita que está junto a la iglesia por las noches se veía a una cochina que arrastraba una cadena por toda la casa.

Hace tres años llegó un señor a la casa bien asustado, nos contó que a su compañero lo había agarrado un charro en la entrada de la calle principal. Eran como las diez de la noche.

-No, un hombre grande agarró a mi amigo y lo aventó para el otro lado de la carretera. Yo vengo temblando de miedo.

EL HOMBRE DE LOS ZANCOS

Me platicaban mis abuelitos que en tiempos de Don Porfirio las calles se iluminaban con candiles, por lo que no se alumbraba muy bien. Había un hombre que le gustaba asustar a la gente que iba al molino de Don Amador Torres. Este hombre se ponía zancos, un cotón grande, un tenate en la cabeza con dos agujeros para los ojos, un sombrero de charro y las manos blanqueadas, creo que de harina. Salía a las cuatro o cinco de la mañana y esperaba a las señoras que traían su nixtamal, las asustaba y ellas se iban corriendo, mientras tanto esa visión les robaba el nixtamal y todo aquello que hubieran dejado tirado. Las mujeres espantadas llegaban con sus maridos y les decían:

-Nos espanto el muerto, un bulto grande que nos gritaba.

Así aparecía por todo el pueblo. Se hizo muy conocido y como antes la ignorancia era más fuerte, la gente pensaba que era el demonio. Un día los maridos se pusieron de acuerdo para ir a buscarlo, llevaban piedras, machetes y palos; lo encontraron y cuando éste los vio bien armados se echó a correr pero ni tiempo le dieron, al pobre le cayó una lluvia de piedras que lo derribó. Nadie se atrevía a tocarlo hasta que llegó la policía y descubrieron que era un hombre.

UN POCO DE MIEDO

Ya casi amanecía y me dieron ganas de ir al baño, mi mamá me sacó junto a la puerta. Me fui a sentar, había un poco de luna cuando vi que un animal venía hacia mí, tenía los ojos como brasas, pensé que era una vaca.

-Mamá, mamá, aquí viene la Capirota. Trae los ojos como brasotas.

-Vente, metete.

Y como me iba a levantar si estaba obrando. Me paré y que me jala mi mamá de la mano, luego apagó la vela porque es malo ver un mal aire, se queda uno torcido.

Pero no era la vaca Capirota, era el diablo.

Otro día me fui a trabajar al rancho cuando se me aparecen dos hombres en el camino real y me dijeron.

-Niño, ¿a dónde vas?

-Voy a trabajar.

-¿Quién te mandó?

-Mi papá.

-Ah, bueno, te portas bien.

Yo no los conocí, tenían la cara larga como de mula, seguí caminando y cuando volteé ya no había nadie. Los busqué pero desaparecieron como por arte de magia.



AQUÉLLOS BAILES

BAILE DEL COCONETE

Cuando eran permitidas las demostraciones externas religiosas, esmerábanse los hombres, para la festividad del Corpus, en el adorno de los palos de tarro (bambú gigantesco), empenándose cada cual en superar a los otros en las dimensiones del bambú y en el gusto de los adornos.

Los novios colocaban en la extremidad del tarro una muñeca, en representación de su prometida, haciendo por ese medio gala de su conquista y público su regocijo.

Conservase entre estos indios una costumbre esencialmente oriental. Acatan y respetan los deberes naturales de la mujer, tanto que en sus casamientos descubren si ésta ha sabido o no guardar la pureza de sus costumbres, lo cual influye de una manera decisiva en el aprecio o desprecio de su persona.

En el primer caso, se procede en la tornaboda a la gran fiesta y baile del tehuacanzi, en el cual tiene una parte muy importante el ramillete del zempoaltxochitl. En el transcurso de la fiesta, báilanse, enfrente uno de otro, el ramo y el coconete, que es un muñeco de cera que allí se introduce con el intencional objeto de indicar a la mujer la ley de su destino. Distribuyese el axole, que es un atole de maíz y de cacao, de que todos gustan, y después de las mayores demostraciones de regocijo, concluye la fiesta retirándose los consortes; ella honrada y el contento y satisfecho.

En el Segundo caso se suspende el baile de coconete, y al distribuirse el axole, ofréceseles a la novia y al padre de ésta en una jícara perforada en el fondo, de tal suerte que al tomaría aquellos en sus manos, el líquido se escurre. El padre y la hija saben lo que significa, y ambos se retiran, bajo la impresión más desagradable, a ocultar su afrenta en su humilde hogar.

LOS BAILES DE EL JOBO

Aquí en El Jobo los bailes eran en honor de un recordatorio del día del santo de Pedro, Juan, Tiburcio, Rafaela o como se llamara la persona. La familia del agraciado era la que organizaba la fiesta e invitaba casa por casa a todos los vecinos, en aquel entonces no había muchas casas. Se oía la música a lo lejos y se venía la gente. Comenzaba el baile a las ocho de la noche hasta que amanecía.

Eran fiestones donde se bailaba danzón, guapango y piezas corridas. Alguien gritaba: -¡Atención, pieza corrida!

Y nos jalaban las señoras mayores, cómo les gustaba la bailada, de ellas aprendimos los pasos. En el descanso los hombres tomaban aguardiente cien por ciento de caña con panela y las señoras preferían el café, de comer daban unos tamales de pollo, res o cochino. La música la traían de Guerrero, Jalacingo o Tlapacoyan y en la comunidad había personas que también participaban en los bailes porque les gustaba tocar el violín y el bajo.

EL FANDANGO DE TOMATA

Hace años se acostumbraba tocar sones y versos en los bailes. Aquí se hacían fandangos, bailaban una pieza y a la mitad de ésta tocaban un fandango. En el son se decían décimas: la gente dejaba de bailar, un hombre lanzaba una décima a una mujer y ésta tenía que contestarla, después se reanudaba el baile. La verseada era lo que se acostumbraba en los fandangos, era bonito:

Salte perla del mar
 del centro del agua fría
 tú serás la vida mía
 si a mi patria vas a dar
 un huerto te he de formar
 para que estés divertida
 dime mi bien a qué parte
 y a dónde prenda querida
 y si el tiempo nos amenaza
 como pueda suceder
 ya te digo lo que pasa
 no des tu brazo a torcer.

Y el que no podía decir décimas, improvisaba versillos:

En medio del mar salado
 cantaba una golondrina
 y le responde el pescado
 con escamas por encima
 que más suerte tiene un casado
 que un soltero estando en ruina.

Cada sábado se hacían los bailes y en el mes de mayo ni se diga, empezaban el 3, día de la Santa Cruz. Luego en Guerrero el 5, en Huaxta en 6 y en Eytepequez el 10. Todo el mes era de baile. Y como a baile y a misa nadie avisa llegaban hombres y muchachas de todas partes. Se hacían unos fiestones en grande: Va a ver baile en Tomata, vamos.

CANCIÓN DE LOS PANADEROS

En los bailes cuando tocaban los sones había una persona que cantaba en especial la canción del panadero:

Arriba los panaderos
 arriba y a trabajar
 el que no quiera bailar
 que se vaya del lugar
 y el que baile
 sus tamales y su cafecito
 le han de dar.

Cuando se terminaba la canción paraban el baile y los señores tenían que ofrecer a su pareja café con pan y tamales. Eso era de ley y a la persona que cantaba también se le ofrecía su café con pan. Se reanudaba el baile, las parejas danzaban despartaditos y nada más se oía el zapateado. Todos se divertían hasta los viejitos bailaban.

OTRA CANCIÓN DE LOS PANADEROS

Las Fiestas de Mayo se hacían en la división de El Arco y Eytepequez en la Ermita Vieja. Después se hicieron en la iglesia nueva. Para los bailes en el atrio se construía un entarimado, ahí bailaban La Banda, un baile donde las parejas tenían que hacer y deshacer un moño con una cinta acompañados de música de cuerda. A veces amenizaba el baile Octaviano García que tocaba El Zopilote Mojado y Jesusita en Chihuahua. A media baile tocaban la canción del panadero:

Algo de literarura

Arriba los panaderos
arriba y a trabajar
cuatro piezas de pan blanco
y unas cemitas de real.

Y cuando se acababa la canción las parejas iban a tomar café con pan. Nunca faltaba en el baile quien se aventara a decir versos:

Zapatito trompa fina
pisa bien y no resbales
mira bien para quien eres
porque para mi no vales.

Se bailaba si era posible hasta que amanecía, esa era la diversión de la gente: se veía a las mujeres con sus vestidos largos de rollito, a los hombres de sombrero y su pañuelo al cuello. El zapateado de los bailadores se oía hasta Dos Cerros.

SI DE VERSOS SE TRATA

Felipe Díaz, Alejandro Rodríguez y otro señor de quien no recuerdo su nombre formaron un trío aquí en El Jobo, tocaban dos guitarras y un violín, ellos amenizaban las fiestas de la comunidad.

También estaba Felipe Zurita en los años 1948 o 1950, ese cantaba versillos en las fiestas o velorios, cuando él aparecía la gente lo rodeaba y él empezaba a versar:

Yo vi pelear a un oso
con una garza morena
no hay bocado tan sabroso
como el de la mujer ajena
cuando el hombre es vicioso
aunque la tuya esté buena.

Una calandria al volar
muy largo pegó un suspiro
muerto no te he de olvidar
cuanto más ahora que vivo
sí al otro mundo te vas
al otro mundo te sigo.

POETAS TLAPACOYENSES

CANCIÓN A TLAPACOYAN
1934-1935

Tlapacoyan
¡Acuarela salpicada de ilusión!
¡Misteriosa primavera del amor!
Aprisionas suavemente el corazón
¡Linda eres Tlapacoyan, reina flor, ay!

Imán por tu aroma sutil
Al rayar en tu cielo el sol,
Nítido y febril,
Arde tu arrebol.

Rincón de naranjos en flor
Del Edén la reina eres tú,
Ósculo de abril,
Diva del azul.

En ti cifro yo mi ideal,
Natural canto de clarín,
Iris de mi ser,
Virtud de mi fe
Y mi salmo mejor a tus pies
Divina tierra de amor
A tus pies te brindo el corazón.

Letra de las profesoras:
José Vera González
Clorinda Y. Guevara
Andrea Jiménez Conde
Belina Bonilla

Música de:
Marimba de los Hermanos Cázares del 37 regimiento de caballería.

A UN LUCERO

*¡Hay de tu luz en tanto yo viviere,
quedará un rayo en mi blanco lucero
que iluminaste con tu luz querida
la dorada mañana de mi vida.
Espronceda.*

¿Por qué me guiaste con tu luz fulgente,
Lucero peregrino,
Y ahora de mi te alejas de repente,
dejándome en mitad de mi camino?

Yo vagaba perdido y sin consuelo
con planta vacilante;
pero al fijar mis ojos en el cielo,
quise adorar tu aparición brillante.

Y en ti fijando mis cansados ojos
te canté mis amores;
y humildemente me postré de hinojos
a leer mi destino en tus fulgores.

Y tu vívida luz resplandeciente
alumbró mi esperanza
y refrescó mi envejecida frente,
enseñándome un bien en lontananza.

Creí en el bienestar, soñé en la gloria
que esa luz me ofrecía...
vivirá siempre fresco en mi memoria
grato el recuerdo de tan grato día.

Y hoy de mí, dejándome entre abrojos,
pretendes esconderte,
otra luz se presenta ante mis ojos:
¡Es la fúnebre antorcha de la muerte!

No me dejes, por Dios, lucero hermoso;
no me dejes, bien mío.
A seguir solo el curso proceloso
de este valle de lágrimas sombrío.

¡Seguir vagando por mi senda oscura
con el corazón yerto!
¿Cómo podré pasar sin tu luz pura
en este triste y árido desierto?

Mas ya miro perderse entre las nubes
tus lánguidos fulgores;
sin duda que te ofrecen los querubas
la copa celestial de sus amores.

Yo no soy más que un pobre peregrino;
¡no tengo ni un amigo!
¡Hay un abismo abierto en mi camino,
y tú no quieres descender conmigo!

¡Adiós, adiós! ¡Y cuando al rudo imperio
de la muerte sucumba,
venga tu luz envuelta en el misterio
a iluminar mi solitaria tumba!

CANTO A MI TIERRA

Tlapacoyan
la de la verde campiña,
la de los ríos cantarinos,
la de las brisas sonrientes,
la de las cálidas noches,
la del cielo transparente.

Tlapacoyan

la de los huertos aromados,
la de los patios floridos,
la de callejas románticas,
la de alfombrados potreros,
la de campos de esmeralda
donde florecen los naranjos
cafetos y limoneros.

Tlapacoyan

la de veredas tranquilas
serpeando en la verde fronda,
la de las torres orantes
y de las cúpulas místicas,
caminos reales y pozos,
la de tejados humeantes
y de rosadas auroras.

Tlapacoyan

la de montañas azules,
la de los ríos espumosos,
la del blanco caserío
que se recuesta en las faldas
de los cerros de esmeralda
como olas de verde espuma
que se dirigen al mar.

Tlapacoyan

la de los niños jugando a
"alguaciles y ladrones"
en las noches transparentes
de brisa cálida y suave,
la de las canoras aves
jugando con el crepúsculo
de las estivales tardes.

Tlapacoyan

la de plateadas cascadas,
la del Santuario a la Virgen
en el risueño "Cerrito",
la de plazuelas tranquilas,
la de juncuales mujeres
de luminosas sonrisas,
la de mañanas que huelen
a tortilla y café de olla.

Tlapacoyan

la de batallas heroicas
contra rubios extranjeros invasores,
la de los "negritos" danzantes,
la de las dulces campanas
en los días de "novenario",
la de las calles risueñas
que juegan al sube y baja.

Tlapacoyan
la de los fértiles campos,
la de la tierra fecunda.
la de Atzintá y el Cerrito,
la del Encanto y Tomata,
la del río Sordo y Cochota,
la del Barrio de San Pedro,
la del Barrio de Santiago,
la de Agua Santa Y Rastrillo.

Tlapacoyan
la de los niños de blanco
como palomas inquietas
que ofrecen flores en Mayo,
la de palmeras gigantes
abanicando los aires,
la de arco iris celestes
en tarde de sol y lluvia
cuando "se baña la Virgen".

Tlapacoyan
la del tianguis dominguero
que huele a barro y a ocote,
de golondrinas y tordos
formándose cada tarde
en el celeste desfile
que los niños de mi pueblo
silentes ven extasiados.

Tlapacoyan
mi terruño,
parece que te estoy viendo
y a tus campanas de oro
parece que te estoy oyendo,
cuando en las tardes serenas
invitan a la oración.
Tlapacoyan, Tlapacoyan...
tan distante de mis ojos,
tan cerca del corazón.

RAIZ, TALLO Y FLOR

Yo soy como raíz
del tallo tierno y frágil de tu cuerpo
y abrazo las entrañas de la tierra,
salvándote del ímpetu del viento
y de la ráfaga inquieta.

Soy apenas el cáliz escondido,
como una mano abierta
que eleva entre la luz
tu corola de pétalos de carne
luminosa y fragante
cual sí fuera de sol.

Si soy como calor
de las entrañas tibias de la tierra,
que tronase en tus pétalos frescura,
y soy savia fecunda
que llega a los estambres de tu voz,
no permitas jamás tu suave polen
se pose en los estambres de otra flor
ni dejes que otro cáliz te sostenga...
tallo y corola tú...la raíz yo.

EL BESO EN SUEÑOS

Soñé en la noche que a la luz primera
del astro del dolor, junto a una losa
contemplaba el lugar en que reposa,
la que amparó mi infancia pasajera.
Cuando del aire pálida viajera
vi bajar una sombra misteriosa,
suave como la niebla y vaporosa
que detuvo a mi lado su caricia.
Acercóse y me vio con dulce anhelo,
y estaba absorto y ella sonreía:
besó mi frente y encumbrió su vuelo,
bienhechora visión desde ese día,
ahí está, digo siempre al cielo
¿cuándo vuelves a verme madre mía?,

VIKI

Cuando solo triste y abatido
arrastrando los pies de mi cansada vida
perdidas las fuerzas de mi cuerpo adolorido
cansado por los años y vencido
todo en mi derredor era negrura.
Apareciste como una estrella vespertina
radiante de luz que a mi vida ilumina
cuando creí morir lleno de tristeza
flotando cual fantasma en la penumbra.
Llegaste tu hija de Dios, ángel del cielo,
Dios te mandó para darme el consuelo
para seguir viviendo en el mundo
donde se muere para seguir viviendo.

MADRE

Madre, ya no estás conmigo,
me dejaste solo y triste en esta vida
al recordarte me siento abatido
con un dolor intenso que calcina.
Tu ausencia me hace llorar amargamente,
Madre, me haces falta ven a mí.
Mi dolor se compara sólo con la muerte,
con gusto dejo esta vida, ven a mí.

Madre, recuerdo bien tus besos, tu cariño
cuando me arrullaste amorosa en tus brazos
y velaste mis sueños desde niño,
me llevaste cariñosa en tu rezo
pero al marcharte estalló mi corazón en mil pedazos.

DE ARIERO A PRESIDENTE

Eran los días del Porfiriato.
Los pequeños pueblos conformados
con limitada comunicación en hatos,
la gente transitaba entre empedrados.

La arriería era la empresa
más temeraria, arriesgada y codiciada,
fue la base de hombre de entereza
las sinuosidades de la sierra admirada.

Por personas con poco desarrollo físico,
pero con gran visión e inteligencia,
así surge como trabajo típico
visitando pueblo, sumando experiencia.

En esta patria chica se destaca
como gran arriero, amistoso,
comerciante noble que acata
ser tlapacoyense honroso.

Quien observado por la gente
por sus dotes de buen empresario,
lo nombran veinte veces presidente,
administrando bien el poco erario.

Con el ejemplo y la persuasión
hace participe a sus habitantes
de las obras en construcción
que hasta ahora son importantes.

A trabajo de pala y pico
realiza un túnel en Tottoapan
por donde pasaría el preciado líquido
hasta llegar a Itzapa.

Y terminar en la Villa de Tlapacoyan,
inicia el empedrado de varias calles,
sedé el predio para el Cerrito de Guadalupe,
construye el palacio con sus detalles.
Adquiere el terreno para el Panteón de Dolores
y por todas estas obras
merece los grandes honores:
Don Luis Escobar Toledano es nombrado
El constructor y civilizador de Tlapacoyan.

TLAPACOYAN

Cual Mesopotamia exuberante,
la madre naturaleza dotó a mi tierra
de ríos caudalosos y manantiales abundantes,
que crecen y bajan por la sinuosidad de la sierra.

Mi jirón de patria chica
nace al pie de la sierra prominente,
el ascenso de montaña la identifica
otrora región de paso de tribus eminentes.

En tu territorio existen ruinas
de pequeñas ciudades precolombinas:
Ahuilixco, Atalpa, Xiliapa, Mezclero en el norte,
El Jobo, Vega de El Encanto y Palmilla es otro aporte.
En la lucha independentista
fuiste rincón predilecto
de José Miguel Fernández y Féliz,
gran guerrillero insurgente,
¡Primer presidente de México!.

Guadalupe Victoria labró tus tierras
en su etapa de retiro,
la ex hacienda de El Jobo es mudo testigo
del ocaso de el gran héroe.

Ya en la época reformista.
Tlapacoyan confirma su patriotismo
defendiendo al territorio y al juarismo:
¡Ferrer y Texcatl, ejemplo de heroísmo!.

Un pueblo celoso de su religión,
que reacciona contra el barbarismo,
a la ignorancia de aquellas autoridades en función
al querer arrancar el enraizado fanatismo
un 17 de octubre nos recuerda la triste reacción.

¡Tlapacoyan, cual sultana!
Duerme para despertar en la mañana
sus hijos campesinos, empresarios, obreros y profesionistas
serán los que la transformen en un municipio progresista.

CELOS

Tengo celos mujer
cuando veo al sol que a tus cabellos besa,
me encelo sin querer
y sufro por no ser
la brisa que a tus labios embelesa:
¡Oh, labios de princesa
dormidos y cuajados de placer!

Me encelo de la sombra que te sigue,
me encelo que te mira
el mar y que por ti, por ti suspira;
me encelo que prosigue
el rayo de un lucero enamorado
y en las noches delira
con su gran corazón ensangrentado.

Cuando veo que escondida entre su cuna
yace la blanca luna
y sale silenciosa y con bravura
se extasia en tu hermosura;
con tus brazos de luz...ya te rodea,
con sus manos de amor...ya te menea
y acaricia tus pechos y cintura.

Y cuando veo que con tu paso fino
caminas por el valle,
quisiera detenerme a ver tu talle,
pero mejor me voy y lo adivino
y a mi mente pregunto: ¿es mi sino?
Y del vapor me encelo, de la calle
y me encelo de las piedras del camino.

LA PERLA DE ALBOS AZAHARES "TLAPACOYAN"

I

Tlapacoyan, ciudad de albos azahares,
de poesía, de héroes y de flores;
cuna de besos, cálidos amores,
joya en café cual espuma de mares,
de naranjos en flor y platanares:
Heroica diosa en todos sus candores,
de campeones y viejos jugadores,
de bohemios y canciones en los bares.

Tlapacoyan, LUGAR DE LAVADEROS,
de almas caritativas con los seres,
de corazones puros y sinceros.

La ciudad de los mil atardeceres,
noches de luna y pálidos luceros,
la ciudad de lindísimas mujeres.

II

Allá los ritos, templo sacrosanto,
Cerrito de abanicos celestiales,
palmeras con sus velos naturales,
palmas con luces y su verde manto
testigos de oraciones con su canto
y en medio de los fríos invernales
peregrinos y antorchas nacionales:
Alcázar de Madre de Dios Santo.

Acá entre pétalos y flores varias
la urna con resto de Arriaga y de Rojano,
la estatua de Ferrer en limonarias:

Valientes contra Imperio del Tirano;
Patria, Esmaf, Bosco, grandes secundarias:
CIENCIA Y JUVENTUD FUEGO DE VULCANO.

III

Hacia allá el férreo puente de Tomata
con su hermosa y poética cascada;
agua de terciopelo, perfumada
cabellera en pequeña catarata;
arco iris de oro, luna y de plata,
agua, cristal y vestido de un hada,
golondrina en la tarde nacarada,
cascada cual princesa en alba bata.

Adiós a tu risueño caserío,
a LA SAPIENCIA Y LUZ PREPARATORIA,
a la gran planta "El Encanto" en ese río.

A tus bellas mujeres, a tu historia,
al "Social" y "Huracán" ¡Oh pueblo mio!
Adiós ciudad heroica...¡A ti la gloria!.

NACIÓ UNA ESPINA

Aquella flor que un día me regalaste,
pétalos lindos de colores vivos,
en ella vi tus ojos pensativos
cual sépalos del cáliz que besaste.

Su pie era recio y tierno su peciolo,
pensando en ti llevé la flor a casa,
pensé en la descendencia de mi raza,
cantado la sembré en mi patio, solo.

La bañaba el rocío de las noches,
romántica creció, como mi amor,
nuestros hijos veía en esa flor,
le nacieron botones como broches.

Tus celos, tus caprichos en desaire
mataron nuestro amor, nuestros ideales
y todo se quemó por tus modales
y ardieron mis castillos en el aire.

Todo tiene su fin, todo termina,
terminó nuestro amor y con dolor
a esa pequeña planta de mi flor
esta mañana le nació una espina.

Y VOLVERÉ

De mi tierra de sol, de mi tierra estoica
un día me alejé en busca del camino;
de mi tierra de sol, por el destino,
un día me fui... de mi ciudad heroica.

Y lejos de mi pueblo consentido,
de mi ciudad heroica Tlapacoyan,
de los pozos Chachalaco y Tlacualoyan
me sentía cual pájaro ya herido.

Nostalgia sentía ya al atardecer,
como en lumbre brincaba yo impaciente;
añoraba tus besos en la fuente
en ese hermoso parque de Ferrer.

Recordaba las tardes de topacio,
amarillas del sol ya moribundo;
me parece que veo, meditabundo
sonar viejo reloj en el palacio.

Y extraño mis amigos verdaderos,
tus calles limpias como blancas sábanas,
tus plátanos, naranjas y guanábanas
y extraño hasta los perros callejeros.

Pero regresaré en mi nave a bordo,
donde se encuentra enterrado mi ombligo
para bañarme abrazado contigo
en aguas cristalinas de Río Sordo.

Y volveré a mi heroica tierra en sol
y en olvidado pozo Tlacualoyan,
de esa mi heroica tierra Tlapacoyan,
será amor bajo palma de coyol.

Salpicado de cuentas de cristal
saciaré del amor la eterna copa
en besos de diamantes de tu boca
bajo el puente del río de Paso Real.

O te amaré doblando la rodilla,
como ayer, otra vez tu nuevo amante,
mecidos por el viento en el colgante
puente en cómplice río de La Palmilla.

Así pensaba aquél que un día se fue,
así pensaba aquél que un día partió
y del pueblo y su amor no se olvidó:
Surgiré del abismo... y volveré.

Pero el destino sin conciencia y cruel,
verdugo infame del que busca paz,
lo golpeó en el alma y lo golpeó en la faz
e inmisericorde se ensañó con él.

Pero por fin, un día el dios Eolo
en las alas del viento lo llevó,
a la ciudad heroica regresó...
pero fueron por él, ¡no llegó solo!.

Llegó con el sol abrasador que agobia,
lo acompañaron en la noche umbría
hasta alumbrar la luz de un nuevo día
sus padres, sus amigos y su novia.

Y ya está allí, allí está ya, allí reposa,
donde siempre añoraba retornar
con su novia que quiso idolatrar
y con la que soñó fuera su esposa.

Con la cima exital que pone diques
que en los arcanos en segundo asomas,
ya lo llevan con flores y coronas:
todo en silencio por la calle Enríquez.

Pensativo va el que iba a ser su suegro
y va como una virgen dolorosa
su novia que deambula silenciosa:
camina y va vestida toda de negro.

Entrando va la caja con las flores,
a donde el fin nos causa magna fobia,
linda lágrima en luto está la novia
y entra al panteón llamado "De Dolores".

Lento al sepulcro el ataúd ya baja
y con él las ideas nobles y gritas;
lágrimas ruedan, rechinan las reatas,
pero bajó al sepulcro ya, la caja.

Sepultado está aquél que un día se fue
de mi tierra de sol, mi tierra estoica,
de mi tierra de sol, mi tierra heroica,
pero que dijo: Un día, volveré.

JUVENTUD

¿Dónde estás juventud que ya te fuiste?
¿Dónde estás felicidad que no has llegado?
¿Acaso para mí tu ya no existes?
Qué sólo me haces vivir mis horas tristes
al pensar que para mí todo ha acabado.

CONFIDENCIA

Mi musa enamorada solloza lastimera
por una casta virgen de hermosa cabellera
sus labios son de grana, sus ojos son de diosa
sus manos son más suaves que pétalos de rosa.
Yo busco en lo profundo de su mirada inquieta
la cándida esperanza de mi pasión secreta
camino mucho, mucho por esta mi bien andanza
soñándola en mis brazos como última esperanza.

ENCUENTRO Y DESPEDIDA

Hoy te saludo, dame tu mano
que yo lo mismo la mía te doy,
nuestro destino nos hace hermanos
vas por el camino por donde voy,
los dos llevamos una esperanza
formada en sueños, sueños de ayer
mucho luchamos y ni así se alcanza
pobre del hombre, pobre mujer.

Este momento jamás pensado
que frente a frente estemos los dos,
pequeño logro de lo deseado
es una dicha dada por Dios
y obedeciendo nuestro destino
triste destino que Dios nos dio
los dos seguimos nuestro camino
tu por el tuyo, yo por el mío.

HISTORIA DE TLAPACOYAN

Historia de Tlapacoyan
la que voy a dar a luz,
es una preciosa joya
con que cuenta VERACRUZ.

Era una pequeña villa
de pura RAZA autóctona,
salió de esa pesadilla
y hoy es Ciudad que mejora.

Tlapacoyan se ha hecho grande
por sus hombres de Cultura,
pues hoy no padece hambre
gracias a su agricultura.

Tlapacoyan es heroica
porque tiene un fundamento
desde la invasión de la Austria,
que fue un acontecimiento.

Con el tiempo al recorrer
debemos de recordar:
que la supo defender
un valiente General.

Pues a ese gran General
debemos de agradecer,
su gloria fue en El Arenal
y él fue Manuel A. Ferrer.

Y quien lo ha glorificado
y le dio lo que él merece
fue nuestro buen presidente
que a Tlapacoyan engrandece.

Pues ese buen presidente,
se siente con sangre azteca,
pues es un hombre consciente
el ingeniero Raúl Fonseca.
Todo el parque descombró
ese fue un gran intento,
el quiosco lo derribó
para hacer el monumento.

A quien tanto merecía
y ninguno se acordaba,
pero llegó ese día
que el General reclamaba.

Pues esa preciosa estatua,
que representa estar mudo,
fue una persona muy grata
y hoy día es nuestro escudo.

El día de alguna invasión
que profane a nuestro Pueblo,
pelearemos con razón,
con valor y con anhelo.

LA VIRGEN DE FÁTIMA

Allá por el novecientos
treinta y uno en mi memoria
grandes acontecimientos
voy a redactar su historia.

En el año treinta y uno
en una memoria exacta
fue aparecida una imagen
en el potrero de Paixta.

Mucha gente concurría
con buena fe o por costumbre,

para recordar el día
fue allá por el mes de octubre.

Es fecha que está asentada
en las efemérides,
cuando en el río bautizaban
y hacían barbaridades.

Entonces a nuestro gobierno
la regian hombres incultos,
pues fue perseguido el clero
y fueron cerrados los cultos.

Pero para demostración
de nuestra fe tan intacta
la Virgen se apareció
en un palito de chaca.

Ese palito de chaca
que queda como recuerdo,
está anexo a la casa
de Don Agustín Peredo.

Pero la envidia voraz
de la gente sin cultura,
el palito tumbó al ras
y le dio vil sepultura.

El que tumbó esa chaquita
no está aquí entre los cristianos,
pues no se encuentra cerquita,
su crimen no ha desterrado.

Esa imagen que recuerdo
que digo con buenos fines
la tumbó un hombre sin credo
se apellidaba Martínez.

Quien reparara este abuso
Dios apuntó con su dedo,
a quien señaló con gusto
fue a Don Agustín Peredo.

No se hizo desentendido
a lo que Dios le mandaba,
pues luego encargó la imagen
y enseguida la donaba.

Pues no lo pensó bastante
ni lo pensó muchas veces,
él vino y compró la imagen de Fátima
y se la obsequió a Eytepequez.

Nos dimos por recibidos
en fecha 13 de enero (1960),
ahí nos reunimos todos
con mucho gusto y esmero.

Como a las once del día
entre cánticos y flores
reinaba gran alegría
en todos los corazones.

Quien recibe a la imagen
fue el padre Gregorio Aceves
y de ahí nos la trajimos
hombres, niños y mujeres.

Pues en hombros la trajimos
hasta donde está la caseta
y de ahí la colocamos
sobre una camioneta.

Pasamos por la Otra Banda,
llegamos a San Isidro
la calle se engalanaba
con flores y letreros.

Al pasar por Tlapacoyan
causó gran admiración
al ver la imagen sagrada
en gran peregrinación.

Fue un acontecimiento
como nunca se había visto,
en gran peregrinación
venía la Madre de Cristo.

Del pueblo y la ranchería
la gente se amotinaba,
rindiendo culto a María
la gente no se cansaba.

Como a las seis de la tarde
en gran procesión
la Virgen llegó a su templo
y recibió la bendición.

Quien le dio la bendición
y que nos llena de fe,
fue nuestro Señor Obispo
que pasaba a San José.

Quien presidió este gran acto
que siempre nos acordamos
fue el Párroco Gregorio Aceves,

Algo de literatura

el Vicario Elías Núñez
y el Sacerdote Francisco Ramos.

Pues a los veintinueve años
la Virgen puso sus ojos,
vino a cuidar su rebaño
en el pueblo de Eytepequez.

*Informantes y
fuentes bibliográficas*



Informantes y fuentes bibliográficas

Tlapacoyan: Ramírez Lavoignet, David. *Tlapacoyan*. Universidad Veracruzana. Col. Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias: 32. Xalapa. 1965. 218 pp.

La heroica ciudad de Tlapacoyan: Promoción Cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, Ver. 1995.

La piedra pinta: Benito Marín Ortiz, Piedra Pinta.

El símbolo de Piedra Pinta: Silvano Guzmán Hernández, Piedra Pinta.

El Jobo: Beltrán del Río, Pascal. *El primer presidente en el olvido: El Águila Negra próxima biografía de Guadalupe Victoria* en Revista PROCESO, No. 1256, 26 de noviembre del 2000, México. Y datos tomados del Archivo Ejidal de El Jobo recopilados por Don Clemente Hernández Gutiérrez.

Tomata: Imeldo Mendoza Perdomo, Tomata.

Eytepequez: Fortino Hernández Perdomo, Eytepequez.

Pochotitan: Arnulfo González Cruz y Francisco Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.

Los pobladores de Pochotitan: Fco. Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.

San Isidro: Irene García Rodríguez, San Isidro.

Los barrios San Pedro y Santiago: Jorge Benavides Méndez, Tlapacoyan.

Pasaron los carrancistas: Isabel Marín Hernández, Piedra Pinta.

La mano negra en El Jobo: Silverio Perdomo Barrientos, El Jobo.

Pancho Trancas: Clemente Hernández Gutiérrez, El Jobo.

Bertoldo Cabañas: Galdino Mendoza Perdomo, Tomata.

Bandidos en Eytepequez: Cayetano Hernández Moreno, Eytepequez.

Hechos trágicos en la Ciudad de Tlapacoyan: 17 de octubre de 1931: Teodoro Flores Cortés. Tlapacoyan.

La quema de los santos: Pedro Cortés, Pochotitan.

Mártires del 17 de octubre de 1931: Alberta Mendoza López, Piedra Pinta.

De nuevo en su tierra: Silvano Guzmán Hernández, Piedra Pinta.

Las escuela de Pochotitan: Pedro Cortés, Pochotitan.

La defensa de Tlapacoyan, 22 de noviembre de 1865: Ramírez Lavoignet, David. *Cronos*, Revista de difusión cultural, Año 8, Núm. 4, Xalapa, Ver. 1987. pp. 20-22.

Informantes y fuentes bibliográficas

- Algunos acontecimientos históricos, deportivos y sociales de Tlapacoyan: Jorge Benavides Méndez, Tlapacoyan.
- El Hotel Rivero: Benito Marín Ortiz, Tlapacoyan.
- Los primeros forcitos: Galdino Mendoza Perdomo, Tomata.
- Mercado de Tlapacoyan: Galdino Mendoza Perdomo, Tomata.
- El bautizo: Pedro Cortés, Pochotitan.
- Todo centaveado: Fco. Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.
- La primera línea de autobuses: Constancio Aguilar Jiménez, Tlapacoyan.
- Primeros cines de Tlapacoyan: Constancio Aguilar Jiménez, Tlapacoyan.
- Los tepetomates: Ramiro Mendoza Cortés, Tlapacoyan.
- En el baile: Ángel Murrieta Mora, Piedra Pinta.
- Aunque sea un tilita: Isabel Marín Hernández, Piedra Pinta.
- Cierra el ojo que hay va el tierra: Benito Marín Ortiz, Piedra Pinta.
- Charritos o baloncitos: Isabel Marín Hernández.
- Epidemia La Española: Benito Marín Ortiz.
- La vida en la Hacienda: Mateo Rivera Perdomo, El Jobo.
- Las tiendas de Tomata: Élfego Mendoza Perdomo, Tomata.
- Los primeros aparatos de música: Élfego Mendoza Perdomo.
- En tiempos de Don Porfirio: Pedro Gaspar Bartolo, San Isidro.
- General Manuel Alberto Ferrer y Corzo: Promoción Cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, Ver. 1999, tomados de: Herrera Moreno, Enrique Dr., *El cantón de Córdoba, 1892*.
- En la defensa de Tlapacoyan: Frente Democrático Político Social de Tlapacoyan, A.C., 22 de noviembre de 1999.
- Luis Escobar Toledano: Promoción Cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, Ver. 18 de diciembre de 1997. Aniversario ochenta de su fallecimiento.
- El presbítero Elías Núñez Fuentes: Benito Marín Ortiz, Tlapacoyan.
- Napoleón: Manuel Benavides y Ayala, Tlapacoyan.
- El padre Elías y Napoleón: Luis Madrid Camacho, Tlapacoyan.
- Gonzalito: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.

Clemente Aparicio: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.

Otros héroes de Tlapacoyan, incendio de la gasolinera: Jorge Benavides Méndez, Tlapacoyan.

Profesora Andrea Jiménez Conde: Constancio Aguilar Jiménez, Tlapacoyan.

Manuela Chilares: Ángel Murrieta Mora, Piedra Pinta.

La virgen de la Asunción: Macario García Martínez, San Isidro.

San Joaquín: Andrés Guerrero Hernández, El Jobo.

San Antonio de Padua: Imeldo Mendoza Perdomo, Tomata.

San Ignacio: Arnulfo González Cruz, Pochotitan.

San Isidro Labrador: Irene García Rodríguez, San Isidro.

Feria Titular de Tlapacoyan, Santo Patrono Señor Santiago: Promoción Cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, Ver. 1999.

Fiestas de mayo: Juan Montiel Murrieta, Eytepequez.

Feria de San Isidro: Clicería Córdoba Roldán, San Isidro.

Días guadalupanos: Alba M. Marín, Tlapacoyan.

Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción: Promoción cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, Ver. 1995. Datos rescatados por Don Francisco Croche Guichin.

El Cerrito de Guadalupe: Promoción Cívica del H. Ayuntamiento de Tlapacoyan, 1995.

La Capilla de la Exhacienda El Jobo: Agustina Miranda Parra, El Jobo.

La Virgen de Fátima: Guadalupe Pimentel, Eytepequez.

Aparición de San Joaquín: Agustina Miranda Parra, El Jobo.

La Virgen de la Concepción: Pedro Cortés, Pochotitan.

Curar de espanto: Catalina Hernández García, Piedra Pinta.

Los dos bueyes: Antonio Rivera Medina, El Jobo.

Aunque sea el humito: Dolores Zamora Cortés, Tlapacoyan.

El Salto de Eytepequez: Arcadio Ramos Vázquez, Tlapacoyan.

Un mal aire: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.

El Fraile: Antonio Rivera Medina, El Jobo.

Los tres gritos de la llorona: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.

Informantes y fuentes bibliográficas

- El patrón de la Hacienda: Antonio Rivera Medina, El Jobo.
- Mi abuela y los duendes: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.
- La mujer del árbol: Benito Rodríguez Hernández, El Jobo.
- Las cruces: Cesáreo Murrieta Melgarejo, Eytepequez.
- En la cascada de Tomata: Galdino Mendoza Perdomo, Tomata.
- Pacto con el diablo: Antonio Rivera Medina, El Jobo.
- El hombre del puro: Antonio Cruz Sedano, Pochotitan.
- La pedrera: Ildefonso Mendoza Galavíz, Eytepequez.
- La mujer del pozo: Alberta Mendoza López, Piedra Pinta.
- Nuez buena: Galdino Mendoza Perdomo, Tomata.
- Jalarle la cola al diablo: Isabel Marín Hernández, Piedra Pinta.
- En la Loma de El Jobo: Benigno Cruz Álvarez, El Jobo.
- Cómo te quedó la muerte: Elfego Mendoza Perdomo, Tomata.
- Un colgadito: Galdino Mendoza Peña, Eytepequez.
- La mujer del camino: Luis Camacho Arias, Eytepequez.
- La mujer triste: Amada González Pérez, Pochotitan.
- El falso espanto: Mateo Rivera Medina, El Jobo.
- Los duendes de "Las Escaleras": Elodia Ramos García, Piedra Pinta.
- La mujer de El Salto: Gilberto Parra Camacho, El Jobo.
- Los duendes: Susana Cruz Méndez, Pochotitan.
- La mula: Luis Camacho Arias, Eytepequez.
- La Naquita: Gilberto Parra Camacho, El Jobo.
- Los duendes de El Peñón: Ángel Murrieta Mora, Piedra Pinta.
- El perro: Susana Méndez Gutiérrez, El Jobo.
- El charro: Imeldo Mendoza Perdomo, Tomata.
- El tesoro de la finca: Andrés Guerrero Hernández, El Jobo.
- El ciento por uno: Juan Montiel Murrieta, Eytepequez.

- Nieve de limón: Elfego Mendoza Perdomo, Tomata.
- La bruja: Antonio Rivera Medina, El Jobo.
- La muchacha: Galdino Mendoza Peña, Eytepequez.
- La canción de los duendes: Ma. Porfiria Mota Mendoza, Piedra Pinta.
- Temblando de miedo: Ma. Del Carmen Marín Rosado, Tomata.
- El hombre de los zancos: Ramiro Mendoza Cortés, Tlapacoyan.
- Un poco de miedo: Justino Perdomo Mendoza, Piedra Pinta.
- El baile del coconete: García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos*. Col. México en el siglo XIX, Ed. Patria, México, 1950, pp. 774-775.
- Los bailes de El Jobo: Lucio Martínez González, El Jobo.
- El fandango de Tomata: Imeldo Mendoza Perdomo, Tomata.
- Canción del panadero: Elfego Mendoza Perdomo, Tomata.
- Otra canción del panadero: Juan Montiel Murrieta, Eytepequez.
- Si de versos se trata: Susano Méndez Gutiérrez, El Jobo.
- Canción de Tlapacoyan: autores varios.
- Aun lucero: Manuel A. Ferrer, Tlapacoyan.
- Canto a mi tierra: Velásquez Romero, José Luis. *Pensamientos sueltos: antología poética 1959-1978*. Universidad Autónoma de Morelos. Cuernavaca, Mor. 1978. pp. 6-7.
- Raíz, tallo y flor: Velásquez Romero, José Luis. *Ibidem*. Pp. 73-78.
- El beso en sueños: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.
- Viki: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.
- Madre: Teodoro Flores Cortés, Tlapacoyan.
- De arriero a presidente: Ramiro Mendoza Cortés, Tlapacoyan.
- Tlapacoyan: Ramiro Mendoza Cortés, Tlapacoyan.
- Celos: Benavides y Ayala, Manuel. *Ecos de mis musas*, Tlapacoyan, p. 67.
- La perla de albos azahares "Tlapacoyan": op cit. Pp. 140-141.
- Nació una espina: op cit., p. 171.
- Y volveré: op. cit., pp. 233-235.

Informantes y fuentes bibliográficas

Juventud: Fco. Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.

Confidencia: Fco. Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.

Encuentro y despedida: Fco. Elpidio Cruz Carmona, Pochotitan.

Historia de Tlapacoyan: Juan Montiel Murrieta, Eytepequez.

La Virgen de Fátima: Juan Montiel Murrieta, Eytepequez.

Poblett Miranda, Martha (Investigación y Compilación). Alonso de la Mota y Escobar en Cien viajeros en Veracruz: *Crónicas y relatos 1518-1697*. Tomo I. Gobierno del Estado de Veracruz. Xalapa, Ver. 1992. pp. 172



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



015528

SANTA MARÍA
YOHUALTLACUALOYAN
LENGUA TOTONACA

Entré en este pueblo (el) jueves 14, es doctrina de clérigos de lengua totonaca, asentado en serranías, es de temple caliente y húmedo, tiene muchos mosquitos penosos, es de grande arboleda y espesura, tiene muchas frutas de la tierra y ninguna de Castilla: es mala, digo escasa, de pastos, porque todo él es arcabuco. Tiene buena agua de río, tiene algún maíz y aves de Castilla, más que de la tierra.

Tiene cuatrocientos vecinos casados, es de la Corona y de la jurisdicción de Xalacingo. Tiene cerca de sí aquel río famoso de Nautla, donde se pesca (gran) cantidad de bobos y otros peces buenos.

Tiene(n) por granjería los indios, el sembrar maíz, criar aves y muchas frutas de la tierra: y, las naranjas son muy buenas, agr(i)as y dulces. Hay en este distrito y en sus montes, muchos árboles, de donde se saca la sangre de drago y aquella goma, o excremento, que llaman oli (*Castilla elastica Cerv.*), de(l) que se hacen las pelotas de puño, con que juegan los españoles.

Visitóse la iglesia y sacristía, que está bien pobre, tomósele al beneficiado, que se llama Baltasar de Villegas, [...] Hizo plática, en mi presencia, a los indios, el beneficiado, en lengua totonaca, declarando el sacramento de la confirmación, y yo confirmé aquí 550 criaturas, con lo cual salí de este pueblo y fui Tecuhtlan.

*Alonso de la Mota y Escobar
Visitador (1609).*